

VUÉLVANSE A MÍ

Y Yo Me Volveré a Ustedes



El Llamado de Dios a un Pacto de Fidelidad
en una Época de Deriva Espiritual

OSCAR NUNCIO

VUÉLVANSE A
MÍ Y YO ME
VOLVERÉ A
USTEDES

OSCAR NUNCIO

Published by Easy Streaming LLC

Copyright © 2025 by **Oscar Nuncio**

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro— sin el permiso previo por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves incluidas en reseñas o artículos críticos.

Las citas bíblicas han sido tomadas de la *Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® (NVI)*, © Biblica, Inc.® Usadas con permiso. Todos los derechos reservados en todo el mundo.

Para más información, visite **www.biblica.com**.

Primera edición – 2025

ISBN: 979-8-9934620-1-1

Printed in the United States of America

Dedicación

A mi maravillosa esposa, cuya sabiduría, amor y aliento me han inspirado a lo largo de los años.

CONTENIDO

Dedicación	3
Prólogo: Vuélvanse a Mí y Yo me volveré a ustedes	5
Agradecimientos	9
Un Valle de Promesas: El Testimonio de un Hombre	11
Capítulo 1: La Promesa Antigua	23
Capítulo 2: Desviándonos de Dios	29
Capítulo 3: El Llamado a Volver	35
Capítulo 4: La Acusación de Robo	43
Capítulo 5: Lo Que Retenemos, Lo Que Revelamos	53
Capítulo 6: El Diezmo que Prueba el Corazón	61
Capítulo 7: Las Estadísticas No Mienten	73
Capítulo 8: Barreras para la Generosidad en el Dar	79
Capítulo 9: La Promesa del Retorno Divino	87
Capítulo 10: “Pruébenme en Esto”	95
Capítulo 11: Dando el Primer Paso	103
Capítulo 12: El Retorno Que Nunca Termina	109
Capítulo 13: Más Allá del Diezmo – Las Ofrendas	117
Capítulo Extra: Liberándose de la Deuda	127
CONCLUSIÓN: Vuelve a Casa	139
Acerca del Autor	145

Prólogo: Vuélvanse a Mí y Yo me volveré a ustedes

El corazón de Dios siempre ha sido un corazón que invita. Desde aquel primer llamado a Adán en el jardín, “¿Dónde estás?”, hasta las últimas palabras de Jesús en Apocalipsis, “El Espíritu y la Esposa dicen: Ven”, Dios ha estado diciendo lo mismo una y otra vez: *quiero que vuelvas a Mí.*

En el libro de Malaquías encontramos una de las formas más claras en que Dios expresa ese deseo:

“Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes, dice el Señor de los ejércitos.” *Malaquías 3:7.*

Solo nueve palabras, pero dentro de ellas hay una verdad eterna y una gracia que aligera el alma:

“Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes.”

Este mensaje fue entregado por el profeta Malaquías a un pueblo que se había enfriado espiritualmente y que también pasaba tiempos difíciles económicamente.

Cuando Dios dice “Vuélvanse a mí,” esas tres palabras resumen todo: el problema y la solución.

Nos hemos alejado. Hemos retenido. A veces tratamos al Creador como a un pariente lejano, alguien a quien saludamos solo de vez en cuando. Le damos lo que sobra. No porque seamos malvados, sino porque olvidamos quiénes somos y a quién pertenecemos.

Pero la historia no termina ahí. Lo más hermoso de esta invitación no es la corrección, sino la promesa. Dios dice que si regresamos a Él de todo corazón, en nuestras actitudes, decisiones y también en la forma en que usamos nuestros recursos, Él se volverá a nosotros con bendiciones tan grandes que no habrá lugar donde guardarlas. Esto no es un mensaje de “prosperidad”, sino una verdad del pacto. Se trata de entender que nuestra relación con Dios toca cada parte de nuestra vida, incluso cómo administramos lo que Él nos ha confiado.

Este libro habla precisamente de eso. Vamos a ver el contexto en que se dio esta promesa, cómo era el pueblo que la escuchó, y qué significa hoy para nosotros. Hablaremos de cómo nuestro corazón puede desviarse poco a poco, de cómo las distracciones del mundo nos enfrían, y de cómo el amor de Dios siempre nos llama a volver. Más que

nada, descubriremos que Dios nunca deja de buscarnos.

Su invitación sigue siendo la misma hoy: **“Vuélvanse a mí con sus diezmos y ofrendas”** (*Malaquías 3:10*). No como una obligación, sino como una muestra de confianza, una forma práctica de decir: “Señor, todo lo que tengo es tuyo.” No se trata de reglas, ni de manipulación. Se trata de relación. De un Dios que promete cuidar de quienes lo honran.

Mientras lees este libro, no solo estarás aprendiendo; estarás respondiendo a un llamado. El llamado de un Dios vivo que dice: “Pruébame. Regresa. Y verás lo que puedo hacer.” Esta es Su invitación. Esta es Su promesa. Este es el latido de Su corazón que aún dice:

“Vuélvete a Mí, y Yo me volveré a ti.”

GRACIAS



Agradecimientos

Quiero dar un agradecimiento muy especial a los muchos pastores, líderes y amigos que han caminado conmigo a lo largo de estos años de ministerio. Cada uno de ustedes ha depositado enseñanzas, sabiduría y ánimo invaluable en mi vida, formando en mí al siervo que soy hoy.

A los pastores que abrieron sus púlpitos y sus corazones, y a los líderes de iglesia que permanecieron firmes en compañerismo y apoyo, les estoy profundamente agradecido. Su ejemplo de fe y sacrificio ha sido para mí una guía y una inspiración constante.

También quiero honrar a aquellos con quienes he viajado a las naciones. Juntos hemos predicado el evangelio, capacitado líderes en seminarios, animado a los creyentes en conferencias y establecido Escuelas Bíblicas que impactarán a generaciones venideras.

El ministerio no es un camino que se recorre solo; es un llamado compartido. Doy gracias a Dios por el privilegio de caminarlo junto a cada uno de ustedes.

EL PODER



SOBRENATURAL DE DIOS

Un Valle de Promesas: El Testimonio de un Hombre

“Multiplicaré el fruto de los árboles y las cosechas del campo para que no sufran más entre las naciones la deshonra de pasar hambre.” Ezequiel 36:30.

A veces, la fidelidad de Dios no se muestra en oficinas ni en cuentas bancarias, sino en la misma tierra, entre los árboles y los cultivos que sostienen la vida. Esta es mi historia: la historia de un hombre que descubrió que, cuando confiamos en Dios con nuestro sustento, Él puede obrar milagros que desafían toda explicación natural.

El Valle de la Belleza y la Esperanza

Antes de ser llamado al ministerio, yo era productor de manzanas en un valle bendecido con miles y miles de árboles. Cada primavera, el paisaje entero se transformaba en algo impresionante: incontables huertos floreciendo al mismo tiempo, pintando el valle con tonos blancos y rosados. Las montañas que nos rodeaban, responsables de los inviernos fríos necesarios para producir manzanas crujientes y deliciosas, parecían abrazar aquel milagro anual.

Marzo y abril eran meses de pura alegría para todos los agricultores del valle. La floración prometía abundancia. Los agricultores sonreían al caminar entre sus hileras, calculando mentalmente la cosecha que venía. Los proveedores de maquinaria se preparaban para una temporada activa. Los trabajadores esperaban meses de empleo seguro. Aquella belleza no solo era visual; representaba esperanza, provisión y la fidelidad de los ciclos naturales que habían sostenido familias por generaciones.

Ese año en particular parecía especialmente prometedor. La floración era espectacular, los árboles estaban fuertes y sanos. Todo indicaba que tendríamos una *gran cosecha*, de esas que compensan los años difíciles y permiten invertir, pagar deudas y ahorrar para los desafíos futuros.

Cuando la Belleza se Volvió Desastre

Pero entonces llegó una advertencia inesperada de helada. Se pronosticaban temperaturas abajo de los cero grados a finales de marzo, lo suficiente para destruir cada flor tierna en cada árbol del valle. Lo que parecía imposible se volvió inevitable cuando el termómetro comenzó a caer hasta llegar a 15 grados bajo cero.

Esa mañana observé cómo bajaba la temperatura, sabiendo lo que eso significaba para miles de sueños en nuestra comunidad. Al amanecer, la verdad era evidente: millones de flores, que representaban meses de ingresos, estaban negras y muriendo. La belleza del valle se transformó de la noche a la mañana en un paisaje de pérdida y desesperanza.

El impacto fue inmediato y total. Agricultores que habían pedido préstamos para comprar maquinaria ahora enfrentaban lo imposible: no podrían pagar sin cosecha. Trabajadores que esperaban meses de empleo se encontraron sin trabajo antes de empezar. Familias enteras vieron desaparecer su fuente principal de ingresos en una sola noche.

El resultado humano fue predecible y doloroso. La amargura se coló en conversaciones que días antes estaban llenas de esperanza. Algunos culparon a Dios por permitir tal desastre. Otros se preguntaban si valía la pena seguir en la agricultura. Una comunidad unida por la expectación se dispersó en la desesperación. El gobierno del estado declaró esta región: zona de desastre.

Escoger la Fe en Lugar de la Amargura

De pie en mi propio huerto, mirando mis sueños destruidos, enfrenté la misma decisión que todos los demás agricultores: podía unirme al coro de quejas o podía elegir creer que el Dios que promete proveer seguía siendo fiel, poderoso y atento a las necesidades prácticas de quienes confían en Él.

Conocía de memoria **Malaquías 3:10–11**:

“Traigan íntegro el diezmo a la tesorería del Templo... Reprenderé al devorador para que no arruine sus cultivos y las vides en los campos no pierdan su fruto...”

Si Dios podía reprender al devorador, ¿no podría también restaurar lo que había sido destruido? Si había prometido bendecir a quienes le honran, ¿podía esa bendición alcanzar incluso lo que parecía imposible?

Una Palabra de Esperanza

Al día siguiente, todavía luchando con esas preguntas, asistí a una reunión de oración. A veces Dios nos habla por medio de pasajes que ya hemos leído muchas veces; otras veces, lo hace con palabras nuevas que tocan directamente nuestra

situación. Ese día, en la reunión, se encontraban unos misioneros y uno de ellos compartió una palabra que se encuentra en el libro de **Ezequiel 36:30**: *“Multiplicaré el fruto de los árboles y las cosechas del campo...”*

Cuando esas palabras llegaron a mi corazón, algo cambió. No era una promesa general sobre la provisión de Dios; era específica, directa y perfectamente adecuada para mi situación. “Haré que los árboles den más fruto.” No solo restaurar, sino aumentar. No solo reemplazar lo perdido, sino multiplicar lo que quedaba.

La fe comenzó a levantarse donde antes había desesperanza. La esperanza comenzó a brotar donde la lógica decía que no había razón para esperar. Sentí que Dios me llamaba no solo a creer en Su promesa, sino a actuar conforme a ella, de una manera que demostraría Su fidelidad... o mi locura.

Un Acto de Fe Radical

A la mañana siguiente, fui a mi huerto con una pequeña botella de aceite. Mis trabajadores estaban allí, hombres fieles que se habían quedado a pesar de no tener trabajo asegurado. Me saludaron con sonrisas, quizá aliviados de que no

los hubiera despedido todavía, pero sin saber qué íbamos a hacer con árboles sin esperanza de fruto.

Les dije que iba a orar por los árboles. Lo que siguió probablemente pareció el acto de un hombre desesperado. Moje mis manos con aceite y comencé a recorrer el huerto, árbol por árbol, imponiendo las manos sobre el tronco y las ramas, ungiendo cada árbol mientras oraba *Ezequiel 36:30*: “Señor, tu palabra dice que tu multiplicarás el fruto de mis arboles, harás que los árboles den más fruto.”

Mis trabajadores me observaban con expresiones que mezclaban preocupación y compasión. En sus mentes, la helada no solo había afectado mis manzanas, sino también mi juicio. ¿Quién unge árboles sin flores? ¿Quién ora por fruto cuando las flores ya están muertas? ¿Quién declara promesas cuando la ley natural dice que es imposible?

Pero la fe a menudo parece locura para quienes solo miden las posibilidades por lo que pueden ver. Pasé todo el día recorriendo el huerto, tocando árbol tras árbol, declarando la palabra de Dios sobre un campo lleno de imposibilidades. Lo que parecía una locura, para mí era una esperanza.

La Espera

Después de ese día de oración y unción, me mantuve alejado del huerto por unas dos semanas. Hay algo en la espera que o fortalece la fe o la destruye. Durante esos días tuve que decidir, una y otra vez, si confiaba en lo que Dios había dicho o en lo que las circunstancias mostraban.

Otros agricultores tomaban decisiones prácticas según su realidad. Algunos vendieron maquinaria; otros buscaron trabajos alternativos. Todos enfrentaban la misma verdad: sin flores, no habría fruto; y sin fruto, no habría ingresos.

La fe tuvo que pelear contra la impaciencia y la duda. ¿Había escuchado bien a Dios? ¿Estaba siendo presuntuoso al esperar un milagro? ¿Debería estar preparándome para un año sin ingresos?

El Milagro Revelado

Cuando finalmente regresé al huerto, mis trabajadores me recibieron con algo distinto en sus rostros: alegría genuina. Mi encargado se acercó emocionado y me dijo:

“¿Ya vio los árboles? ¡Vaya a verlos!”

Comencé a abrir las ramas, ahora verdes, y lo que vi desafió todas las leyes de la agricultura que conocía: en las ramas donde no había flores colgaban cientos de pequeñas manzanas. No solo en un árbol o en una parte del huerto, sino en árbol tras árbol por todo el campo. Mi corazón latía con fuerza al comprender lo que veía.

Estaba presenciando el cumplimiento literal de **Ezequiel 36:30**: “ Multiplicaré el fruto de los árboles y las cosechas del campo...”

Dios no solo había restaurado lo que la helada destruyó; había creado fruto sin el proceso natural de floración ni polinización.

Un Testimonio para la Comunidad

La noticia corrió rápido por el valle. Vecinos y agricultores llegaron para ver por qué mis árboles tenían manzanas cuando los suyos estaban vacíos. Ingenieros agrícolas del gobierno vinieron a investigar aquel fenómeno que contradecía toda lógica.

Preguntaban con insistencia: ¿Qué fertilizante usó? ¿Qué producto aplicó? ¿Qué técnica nueva utilizó? Sus mentes científicas buscaban explicaciones. Cuando les respondí: “Los ungí con

aceite y oré,” no sabían cómo escribir eso en sus reportes.

Pero la evidencia era innegable. En un valle donde todos los demás huertos mostraban los efectos de la helada, los míos estaban cargados de fruto. Lo que debía haber sido mi peor año se convirtió en el mejor, no solo cubriendo mis necesidades, sino mostrando la fidelidad de Dios a toda la comunidad.

El Devorador Reprendido

Esa temporada entendí de primera mano lo que Malaquías había prometido:

“Reprenderé al devorador para que no arruine sus cultivos y las vides en los campos no pierdan su fruto...” **Malaquías 3:11.**

Mientras otros agricultores lidiaban con sus pérdidas, yo cosechaba fruto que no tenía explicación natural. La provisión financiera fue resuelta, pero el impacto espiritual fue aún mayor. En una comunidad que había dudado de la bondad de Dios, ahora había evidencia tangible de Su fidelidad hacia quienes confían en Él. Esta experiencia me enseñó algo profundo sobre el carácter y las promesas de Dios.

La Lección del Valle

Cuando Él nos invita a probarlo, no solo promete cubrir nuestras necesidades; está dispuesto a mostrar Su poder de maneras que dejan claro a todos que Él es fiel.

El mismo Dios que habló a través de Malaquías acerca de los diezmos y las ofrendas, que prometió abrir las ventanas de los cielos y reprender al devorador, sigue siendo fiel hoy. Sus promesas no están limitadas a sociedades antiguas; alcanzan a cualquiera que esté dispuesto a confiar en Él completamente.

A veces esa confianza nos lleva a hacer cosas que parecen locura: ungir árboles sin flores, creer promesas cuando todo parece perdido, actuar en fe cuando la lógica aconseja rendirse.

Pero cuando lo hacemos, cuando tomamos a Dios en serio y obedecemos Su palabra, descubrimos que Él se deleita en demostrar Su fidelidad de formas que no dejan duda alguna de Su poder, Su amor y Su compromiso con quienes lo honran.

El valle que comenzó en desesperación terminó en asombro. Y aprendí que el Dios que puede

producir fruto sin flores también puede ser fiel en cada aspecto de nuestra vida, nuestros recursos y nuestro futuro.

Este libro nació del testimonio que acabas de leer. Lo que comenzó como una oración desesperada sobre manzanos moribundos se convirtió en una vida entera de descubrir cuán profundamente Dios desea mostrar Su fidelidad a Su pueblo. El mismo Dios que habló por medio de Malaquías siglos atrás, desafiando a Su pueblo a probarlo en su dar, prometiendo abrir las ventanas del cielo y reprender al devorador, sigue hablando hoy.

Las páginas que siguen exploran esa antigua invitación y su relevancia eterna para todo aquel que se atreva a aceptar a Dios en Su palabra. Este no es solo un libro sobre dinero; es un libro sobre relación, confianza y la fidelidad abrumadora de un Dios que cumple cada promesa que hace.

PRIMERA PARTE



LA INVITACIÓN

Capítulo 1: La Promesa Antigua

“Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes — dice el Señor Todopoderoso.” **Malaquías 3:7** (NVI).

El Mundo Detrás de las Palabras

Dios habló estas palabras a través de su último profeta del Antiguo Testamento, Malaquías. Su nombre significa “*Mi mensajero*”, y el mensaje que llevaba serían las últimas palabras registradas de Dios a Su pueblo durante más de cuatrocientos años, el período que es llamado “*Los siglos de silencio*” entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

Pero ¿por qué Dios eligió este momento, a este mensajero y estas palabras en particular para cerrar el último libro del Antiguo Testamento? Para entender el poder de “*Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes*”, primero debemos comprender el mundo que desesperadamente necesitaba escuchar ese llamado.

Lo que sucedió con Israel después del exilio sigue un patrón que se repite a lo largo de la historia humana y también dentro de nuestros propios corazones. La bendición produce

seguridad, la seguridad lleva a la complacencia, la complacencia a la independencia, y la independencia termina en pobreza espiritual.

Los mismos dones que debieron acercarlos más a Dios se convirtieron en barreras para su intimidad con Él. Aprendieron a manejar sus vidas sin depender conscientemente de la provisión divina. Su prosperidad no los hizo más agradecidos, sino más autosuficientes.

Esta condición espiritual no es exclusiva de la antigua Israel. Describe buena parte del cristianismo contemporáneo, especialmente en las sociedades acomodadas. Tenemos iglesias en cada esquina, libertad religiosa, recursos bíblicos más abundantes de lo que jamás imaginaron las generaciones pasadas, y prosperidad material que asombraría a nuestros antepasados. Sin embargo, las encuestas muestran una confianza decreciente en la Palabra de Dios, un compromiso cada vez menor con la comunidad cristiana, y patrones de ofrenda que revelan que la mayoría de los creyentes viven como si Dios no fuera digno de confianza con su seguridad financiera. Cuando nos apartamos de la palabra de Dios, también nos alejamos de Dios.

Por Qué Este Mensaje Fue Necesario

Porque El pueblo necesitaba recordar que el pacto de Dios no se trataba solo de tierra, templo o rituales; se trataba de una *relación*.

El mensaje era necesario porque el pueblo había olvidado: Quiénes eran. A quién pertenecían. Para que existían. Y cómo era el carácter de su Dios.

La presencia de Dios no debía darse por un hecho; debía ser buscada.

Por Qué Este Mensaje Es Necesario Ahora

Veinticinco siglos después, la condición espiritual que Malaquías enfrentó se refleja con una precisión sorprendente en nuestra crisis contemporánea. El cristianismo moderno, especialmente en las naciones prósperas de Occidente, enfrentan las mismas tentaciones y muestra los mismos síntomas que caracterizaron al pueblo de Dios en aquel tiempo. Luchamos con la misma complacencia. Mostramos la misma tacañería. Reflejamos la misma pereza espiritual. Y hacemos las mismas preguntas cínicas.

El mensaje sigue siendo necesario porque necesitamos oír nuevamente que Dios nos llama a

una relación auténtica, a una confianza genuina y a una devoción total.

La Naturaleza Eterna de la Fidelidad de Dios

El amor de Dios es persistente. A pesar de la infidelidad, la ingratitud y hasta el robo del pueblo, Dios seguía llamándolos *Su pueblo* e invitándolos a una relación íntima con Él.

Las promesas de Dios son confiables. Cuando Él dice: *“Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes”*, pone en juego Su propio nombre y Su reputación para cumplir Su palabra.

El deseo de Dios es relación, no simple obediencia. La invitación a volver es personal: *“Vuélvanse a mí”*, no a un conjunto de reglas ni a un sistema religioso. Dios quiere a Su pueblo de regreso, no solo su comportamiento.

La respuesta de Dios siempre excede la iniciativa humana. A lo largo de toda la Escritura, cuando el pueblo se vuelve sinceramente a Él, la respuesta divina siempre supera su esfuerzo.

El tiempo de Dios es perfecto. Él pronunció estas palabras al final de la era del Antiguo Testamento, sabiendo que resonarían durante siglos de silencio hasta que Su Hijo viniera a

encarnar el retorno perfecto al Padre y a hacer posible el retorno divino final por medio del Espíritu Santo.

La Promesa que Une la Eternidad

Esta promesa conecta a la comunidad posterior al exilio de Jerusalén con los creyentes contemporáneos de todas las naciones. Une el puente entre la economía del Antiguo Testamento, basada en la ley y el sacrificio y la realidad del Nuevo Testamento, basada en la gracia y la relación a través de Cristo.

Esto revela que Dios desea una relación con Su pueblo y moverá cielo y tierra para restaurarla cuando nos volvamos sinceramente a Él.

En Cristo, Él ha cumplido la promesa suprema de reconciliación. Las palabras de Malaquías encuentran su eco en el Nuevo Testamento:

“Acérquense a Dios, y Él se acercará a ustedes.” **Santiago 4:8.**

Esta es Su invitación. Este es el latido del pacto de Dios: Su fidelidad nunca falla, incluso cuando la nuestra vacila.

LLAMADA DE ATENCIÓN



Capítulo 2: Desviándonos de Dios

La desviación espiritual nunca ocurre de golpe. Es un movimiento lento del corazón.

Síntomas de una Desviación de Dios

Así como el pueblo que una vez fue extranjero y oprimido en Babilonia, ahora oprimía a los extranjeros en su propia tierra. Habían olvidado que su prosperidad no provenía de su ingenio, sino de la fidelidad del pacto de Dios.

¿Cómo podemos reconocer si también nosotros nos estamos desviando? Los síntomas suelen verse así:

- **Indiferencia:** La oración se vuelve infrecuente; la lectura de la Escritura, opcional.
- **Compromiso con el pecado:** Se toleran pequeñas faltas; se descuida la santidad.
- **Distracción:** La búsqueda de comodidad, éxito o entretenimiento reemplaza la búsqueda de Dios.
- **Distancia:** Dios parece lejano, no porque Él se haya movido, sino porque nosotros nos alejamos.

El llamado de Malaquías es un llamado a despertar. El Dios que había restaurado a Su pueblo anhelaba algo mas que sus rituales: anhelaba sus corazones.

Prácticas Casuales de Adoración

La adoración cristiana moderna muchas veces refleja la misma falta de reverencia. Llegamos a la iglesia sin preparación, cantamos sin pensar, oramos sin involucrar el corazón, escuchamos los mensajes mientras planeamos mentalmente las actividades de la tarde.

Esa actitud relajada se extiende a toda nuestra relación con Dios. Queremos los beneficios de Cristo sin los costos, las promesas sin los compromisos, la bendición sin la obediencia. Hemos reducido el cristianismo a una *transacción* en lugar de una *transformación*.

Jesús habló de esta actitud cuando dijo:

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran; sus enseñanzas no son más que reglas humanas.”

Mateo 15:8–9 (NVI).

No solamente sea un “cristiano” mas bien deje que Cristo viva en usted.

Cuando la Prosperidad se Convierte en Trampa

La historia muestra que la prosperidad muchas veces representa un riesgo espiritual mayor que la adversidad. La dificultad nos lleva de rodillas, mientras que la prosperidad nos hace creer que ya no necesitamos a Dios. Israel, aunque marcado por el exilio, se volvió complaciente una vez que la estabilidad regresó.

Este es el peligro del corazón humano: confundir la seguridad externa con la suficiencia eterna. El pueblo de Dios tenía las formas de la religión, pero no el fuego de la relación.

El Corazón del Problema

En el fondo, la desviación espiritual nace de un malentendido fundamental sobre lo que implica tener una relación con Dios. Pensamos que porque Dios nos ha bendecido, Él aprueba lo que hacemos. Pensamos que porque ha sido paciente, está complacido. Pensamos que porque nos ha prosperado, respalda nuestro estilo de vida.

Pero las bendiciones de Dios muchas veces son expresiones de *misericordia*, no de aprobación. Su paciencia tiene el propósito de llevarnos al

arrepentimiento, no a la comodidad complaciente. Su prosperidad busca aumentar nuestra gratitud y generosidad, no nuestra independencia ni autosuficiencia.

El pueblo en los días de Malaquías confundió la bondad de Dios con aprobación, Su paciencia con placer y Su bendición con respaldo. Necesitaban una verdad que rompiera sus falsas seguridades y los llamara de nuevo a una relación genuina.

El Camino de Regreso

La tragedia de la desviación espiritual es que ocurre tan lentamente que muchas veces no la reconocemos hasta que estamos lejos de donde empezamos. Como un río que cambia de curso con los años, nuestra vida espiritual puede desviarse poco a poco, hasta que un día nos damos cuenta de que estamos en un lugar al que nunca planeamos llegar.

Pero lo hermoso del carácter de Dios es que Él nunca deja de llamar a Su pueblo a que vuelva.

A través de Malaquías, extendió una invitación:

“Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes, dice el Señor Todopoderoso.” **Malaquías 3:7** (NVI).

No era una condena, sino una invitación. No un juicio, sino gracia. Dios ofrecía restaurar lo perdido, reavivar lo que se había enfriado y renovar lo que se había vuelto rutina. Sin importar cuán lejos se hubieran desviado, el camino de regreso seguía abierto.

Esa misma invitación está vigente hoy. No importa cuán cómodos nos hayamos vuelto en nuestra complacencia espiritual, cuán casuales en nuestra relación con Dios, o cuán lejos nos hayamos alejado de una fe apasionada, el camino de regreso sigue abierto.

Pero recorrerlo requiere reconocer dónde estamos, recordar de dónde venimos y decidir volver al Dios que ha estado esperando pacientemente a que nuestro corazón regrese a casa.

SEGUNDA PARTE



VUÉLVANSE A MI

Capítulo 3: El Llamado a Volver

“...Vuélvanse a mí y yo me volveré a ustedes —dice el Señor de los Ejércitos—.” **Malaquías 3:7** (NVI).

El Peso de una Sola Palabra

En el idioma hebreo, pocas palabras tienen tanto poder transformador como **shuv** (שוב). Esta fue la palabra que Dios escogió cuando hizo Su invitación a través de Malaquías: **“Vuélvanse a mí.”**

Shuv no es un giro casual; es una decisión completa, una reorientación total del corazón y de la vida. Aparece más de mil veces en las Escrituras hebreas, siendo una de las palabras más usadas en todo el Antiguo Testamento. Puede significar *volver atrás, cambiar de dirección, restaurar, arrepentirse o convertirse*. Pero en su sentido más profundo, *shuv* representa el cambio fundamental del corazón, de la mente y del rumbo de la vida que lleva a una persona de regreso a una relación correcta con Dios.

Cuando Dios dice *“Vuélvanse a mí,”* no está pidiendo ajustes menores, sino una

transformación completa que toque cada aspecto de la existencia.

“Que abandone el malvado su camino y el perverso sus pensamientos. Que se vuelva al Señor, a nuestro Dios, que es generoso para perdonar y de él recibirá compasión;.” Isaías 55:7 (NVI).

La Anatomía del Verdadero Arrepentimiento

El arrepentimiento genuino comienza con **reconocimiento**, ese momento de claridad espiritual en que vemos nuestra condición, nuestras decisiones y nuestra relación con Dios tal como son, no como pretendemos que sean.

El hijo pródigo experimentó esto cuando “volvió en sí” en medio del corral de cerdos:

“Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! 18 Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.” Lucas 15:17–18 (RVR 1960).

El reconocimiento implica no solo ver dónde estamos, sino recordar de dónde venimos y reconocer el camino que nos llevó hasta aquí. El reconocimiento sin acción es solo sentimentalismo.

Apartarse de lo que Está Mal

El verdadero *shuv* requiere **repudiación**: apartarse activamente de las actitudes, conductas y patrones que nos han separado de Dios. No se trata solo de sentir tristeza por el pecado, sino de abandonarlo. *“¡Lávense, límpiense! ¡Aparten de mi vista sus obras malvadas! ¡Dejen de hacer el mal!” Isaías 1:16. (NVI).*

El profeta Joel capturó esta profundidad del arrepentimiento cuando dijo:

“Ahora bien», afirma el Señor, «vuélvanse a mí de todo corazón, con ayuno, llantos y lamentos». Rásguense el corazón y no las vestiduras. Vuélvanse al Señor su Dios, porque él es misericordioso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor, cambia de parecer y no castiga..” Joel 2:12–13 (NVI).

El verdadero arrepentimiento toca no solo el comportamiento exterior, sino la orientación interior del corazón.

Arrepentimiento Genuino vs. Remordimiento Superficial

Cuando Dios llama a Su pueblo a volver, no busca emociones pasajeras de tristeza, sino un arrepentimiento verdadero que transforme el

corazón y la conducta. Muchos confunden *remordimiento* con *arrepentimiento*, pero son cosas muy diferentes:

- El **remordimiento** es emocional, una punzada de conciencia, un momento de culpa o vergüenza.
- El **arrepentimiento** es una decisión, un cambio de dirección, una caminata en obediencia.
- El **remordimiento** puede producir lágrimas, pero deja el corazón igual.
- El **arrepentimiento** produce fruto, evidencia de una vida transformada (*Mateo 3:8*).

Judas Iscariote sintió remordimiento después de traicionar a Jesús, pero eso lo llevó a la desesperación y a la destrucción. Pedro, en cambio, lloró amargamente tras negarlo, pero su dolor se convirtió en arrepentimiento, restauración y propósito renovado.

El pueblo de los días de Malaquías se había conformado con un arrepentimiento superficial. Ofrecían sacrificios, pero sin corazón. Oraban, pero sin devoción. El llamado de Dios a través del profeta era a algo mucho más profundo: un cambio de corazón que se reflejara en un cambio de conducta.

Más Allá de la Actividad Religiosa

Uno de los mayores peligros del pueblo de Dios en cualquier generación es confundir *actividad* con *intimidad*. Israel estaba ocupado en las rutinas religiosas. El templo funcionaba otra vez, los sacrificios se ofrecían, las fiestas se celebraban. A simple vista, parecía un avivamiento. Pero por dentro, la devoción era superficial.

Por eso Dios no dijo: “*Ofrézcanme más sacrificios.*” Dijo: “*Vuélvanse a mí.*” Él no buscaba más actividad, sino más autenticidad. ¿De qué sirve traer ofrendas si el corazón está lejos? ¿De qué sirve orar si los labios se mueven pero el alma está fría?

Jesús enfrentó el mismo problema siglos después: “*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran; sus enseñanzas no son más que reglas humanas.*” **Mateo 15:8–9 (NVI).**

Las palabras de Malaquías nos recuerdan que Dios no busca obediencia externa, sino comunión interna. Somos justificados por la fe y no por las obras.

La Transformación que Dios Busca

El llamado de Dios a volver no se trata de un esfuerzo humano. No está diciendo a Su pueblo que se reforme por sus propias fuerzas, sino que los invita a Su gracia. La verdadera transformación ocurre cuando Su Espíritu nos renueva desde adentro hacia afuera. La transformación que Dios busca incluye:

- **Una mente renovada**, moldeada por Su Palabra y no por el mundo (**Romanos 12:2**).
- **Un corazón sensible**, tierno a Su voz y pronto para obedecer (**Ezequiel 36:26**).
- **Una voluntad rendida**, dispuesta a dejar a un lado los propios planes para caminar en Sus propósitos (**Lucas 22:42**).

Cuando nos volvemos a Él, Él se vuelve a nosotros, no porque nos haya abandonado, sino porque el pecado crea distancia. Su presencia es la recompensa del arrepentimiento. Su comunión es el fruto del retorno. Y Su transformación es el testimonio de que Su fidelidad en el pacto es más grande que nuestro extravío.

Somos como dos personas de espaldas, cada una mirando hacia direcciones opuestas,

persiguiendo diferentes prioridades. ¿Cómo puede haber una relación real cuando nadie mira al otro?

Cuando Dios dice: *“Vuélvanse a mí con sus diezmos y ofrendas,”* nos está llamando a **volvernos hacia Él**, a mirarlo de frente, a encontrarnos con Su mirada y dejar que Él mire la nuestra. Nos invita a acercarnos lo suficiente como para conocernos de verdad, no solo saber acerca de Él, sino **conocerlo** en la intimidad que solo surge cuando los corazones están alineados y las prioridades son compartidas. El diezmo se convierte en el primer paso de ese giro, de ese acercamiento, de ese “volver el rostro” que hace posible una relación genuina.

Lo que Motiva el Verdadero Shuv

¿Qué motiva a alguien a emprender el difícil camino de la transformación del corazón en lugar de quedarse en la cómoda distancia espiritual? La motivación surge al comprender tanto **lo que hemos perdido** al alejarnos, como **lo que podemos ganar** al regresar.

NO ROBARÁS



Capítulo 4: La Acusación de Robo

“¿Acaso roba el hombre a Dios?” Entendiendo la Acusación

El profeta Malaquías plantea una de las preguntas más impactantes de toda la Escritura: “*¿Acaso roba el ser humano a Dios?*” (Malaquías 3:8).

La palabra hebrea usada aquí para “robar” es **qaba’**, que lleva la idea de defraudar o engañar a alguien, quitándole lo que por derecho le pertenece. No se trata de un descuido casual, sino de una **retención deliberada**.

La sola idea parece imposible: ¿cómo podría un simple mortal robar al Creador del cielo y la tierra? Y sin embargo, Dios declara que Su pueblo era culpable de robo. No de robarse entre ellos, sino de **robarle a Él**.

Esta acusación debió haber estremecido a los oyentes de Malaquías. Quizás admitirían descuido o desobediencia, pero ¿robo? La palabra elegida por Dios era intencional y penetrante. Retener el diezmo no era un simple olvido; era una **violación directa de la fidelidad del pacto**.

La respuesta del pueblo, “¿En qué te hemos robado?”, revela una ceguera espiritual típica de quienes se han alejado gradualmente de los estándares de Dios. No veían sus acciones como robo, del mismo modo que nosotros a veces racionalizamos nuestras propias concesiones.

El Principio de la Propiedad Divina

Para entender el diezmo como un **pacto** y no como una sugerencia, debemos partir de un principio bíblico fundamental: **Dios es el dueño de todo**. “*Del Señor es la tierra y todo cuanto hay en ella, el mundo y cuantos lo habitan*” **Salmo 24:1** (NVI).

Desde esta perspectiva, el diezmo no es darle a Dios *nuestro* dinero; es **devolverle lo que ya Le pertenece**. Somos administradores de los recursos de Dios, y el diezmo representa la porción que Él ha designado específicamente para Sus propósitos. Retenerlo es violar esa confianza sagrada.

El Contexto del Pacto

En la antigua Israel, el diezmo no era un impuesto religioso, sino parte del **pacto** entre Dios y Su pueblo. Dios había prometido bendecir y proteger a Israel, y el diezmo representaba el

reconocimiento del pueblo de Su provisión y su compromiso con esa relación de pacto.

Cuando los israelitas retenían sus diezmos, no solo estaban siendo financieramente irresponsables; estaban quebrantando el pacto con Dios. En esencia, decían: “Ya no necesitamos Tu provisión ni Tu protección,” mientras seguían disfrutando de los beneficios de Su fidelidad pasada.

Retener los Diezmos y las Ofrendas

¿Por qué considera Dios que retener los diezmos y las ofrendas es robo? Porque el diezmo ya Le pertenecía a Él. *“El diezmo de todo producto del campo, ya sea grano de los sembrados o fruto de los árboles, pertenece al Señor, pues le está consagrado.”* **Levítico 27:30 (NVI).**

Tomar lo que es santo para el Señor equivale a apropiarse de lo que no nos pertenece. El diezmo nunca fue una donación voluntaria, sino una porción sagrada. Las ofrendas eran expresiones libres de amor, pero el diezmo era una obligación del pacto.

Al retener sus diezmos, el pueblo en los días de Malaquías estaba, en efecto, metiendo las manos

en el tesoro de Dios y guardando para sí lo que había sido consagrado a Él. Lo que ellos veían como prudencia, Dios lo veía como robo.

El Diezmo es Santo

En toda la Escritura, hay pocas cosas que se declaran *santas*, apartadas exclusivamente para Dios. El día de reposo es santo (**Génesis 2:3**). El nombre de Dios es santo (**Salmo 111:9**). El templo y el sacerdocio eran santos. Pero en **Levítico 27:30** se nos dice algo sorprendente: *“El diezmo de todo producto del campo, ya sea del grano o del fruto de los árboles, le pertenece al Señor; es cosa consagrada al Señor.”*

Santo significa apartado, reservado exclusivamente para el propósito de Dios. Cuando Dios declara que el diezmo es santo, está diciendo: *“Esta porción es Mía. No es tuya para usar, controlar o retener. Me pertenece.”*

Por eso, retener el diezmo no se trata como simple descuido, sino como robo. Tomar lo que Dios ha declarado santo es apropiarse de lo que Él ya consagró. El diezmo no es algo que decidimos si dar o no; Dios ya lo ha marcado como Suyo.

Cuando Israel retuvo el diezmo, borró la línea entre lo común y lo sagrado. Trataron la porción de Dios como si fuera suya. Y al hacerlo, **robaron directamente a Dios**, porque se negaron a apartar lo que Él había declarado santo.

Para el creyente hoy, esta verdad tiene un peso enorme. Honrar a Dios con el diezmo no es solo un acto financiero, es un acto espiritual de obediencia, reverencia y confianza. Reconocer el diezmo como santo es reconocer el señorío y la propiedad de Dios sobre todo lo que tenemos.

La Dimensión Comunitaria

El texto revela que no se trataba de una falta individual, sino de una rebelión colectiva: *“Ustedes —la nación entera—, están bajo gran maldición, pues es a mí a quien están robando.” Malaquías 3:9 (NVI).*

Cuando el diezmo se vuelve opcional o esporádico dentro de una comunidad de fe, todos sufren las consecuencias. Los sacerdotes no podían cumplir sus funciones, el templo no podía operar adecuadamente y los pobres quedaban sin atención.

Esta dimensión comunitaria nos ayuda a entender por qué Dios toma el diezmo tan en

serio. No se trata solo de obediencia individual, sino de la salud y el funcionamiento de todo el cuerpo de fe.

¿Por Qué Esto Le Importa Tanto a Dios?

Dios se interesa profundamente por el diezmo porque actúa como barómetro de nuestra condición espiritual. Nuestra relación con el dinero revela el estado del corazón más que casi cualquier otra cosa. Jesús lo expresó claramente: *“Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.”* **Mateo 6:21** (NVI).

Cuando retenemos el diezmo, estamos revelando que nuestra confianza real está en nuestras cuentas, no en la provisión de Dios. Demostramos que, a pesar de nuestras palabras de fe, nuestra confianza práctica está en otro lugar.

¿Mala Administración o Rebelión?

Hay una diferencia entre tener dificultades financieras y negarse deliberadamente a darle a Dios lo que Le corresponde. La mala administración puede reflejar una falta de mayordomía; pero la negativa consciente a diezmar revela **rebelión espiritual**. El problema en los días de Malaquías no era la falta de

recursos. Los campos seguían produciendo y los rebaños seguían multiplicándose. El problema era que el pueblo decidió priorizar su comodidad personal sobre el mandato de Dios. Al hacerlo, no solo robaron a Dios, sino también se robaron a sí mismos de Su bendición prometida.

Esta es una distinción importante hoy. Dios es un Padre amoroso que llama a Sus hijos a honrarlo primero, sin importar cuánto tengan. *“Cuando hagan la ofrenda al Señor para expiar sus vidas, ni el rico deberá dar más de medio siclo, ni el pobre menos.” Éxodo 30:15 (NVI).* Cuando ponemos a Dios primero, demostramos confianza. Cuando retenemos, revelamos rebelión.

La Prueba del Señorío

El diezmo es una de las pruebas más prácticas de si Jesús es realmente Señor de nuestras vidas o solo Salvador de nuestras almas. Es fácil reconocer el señorío de Cristo en teoría, pero cuando se trata de nuestras finanzas, ahí se revela la realidad de nuestra entrega.

Dios usa el diezmo como una herramienta de formación espiritual, enseñándonos a confiar en Él con nuestras necesidades básicas y a reconocer Su provisión constante. Cuando aprendemos a darle a

Dios lo primero y lo mejor, desarrollamos una perspectiva que ve toda la vida como un regalo de Su gracia.

La Puerta a la Bendición

La promesa asociada con el diezmo fiel es extraordinaria: *“Traigan íntegro el diezmo para los fondos del templo... Pruébenme en esto —dice el Señor Todopoderoso, y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde.” Malaquías 3:10 (NVI).*

Dios no busca empobrecernos con el diezmo; quiere abrir un camino para bendecirnos más. La expresión “las compuertas del cielo” sugiere una provisión abundante, que va más allá de lo financiero. Dios desea bendecirnos en lo espiritual, lo relacional y también en lo material. Pero nuestra retención crea una barrera para esa bendición.

Justicia y Cuidado Comunitario

Dios también se interesa por el diezmo porque cumple un propósito de justicia y compasión comunitaria. El diezmo sostenía a los levitas, proveía para los pobres y mantenía el sistema de adoración que mantenía al pueblo conectado con Dios. Cuando el pueblo retenía sus diezmos, los

más vulnerables sufrían las consecuencias. Este principio sigue vigente hoy. Cuando los creyentes diezman fielmente, las iglesias y ministerios pueden cuidar de los necesitados, apoyar las misiones y ofrecer liderazgo espiritual a la comunidad. Nuestro diezmo impacta directamente nuestra capacidad de amar al prójimo de manera práctica.

Avanzando Hacia Adelante

Entender la seriedad de retener los diezmos no debe llevarnos a la culpa o al miedo, sino a una obediencia agradecida. El llamado de Dios a la fidelidad en el diezmo es, en última instancia, una invitación a experimentar Su provisión y a participar en Su obra en el mundo.

La acusación de robo sirve como una alarma espiritual, recordándonos que nuestras decisiones financieras nunca son solo prácticas, sino profundamente espirituales. Cuando alineamos nuestra generosidad con las expectativas de Dios, nos posicionamos para experimentar la plenitud de Su bendición y la alegría de participar en Sus propósitos eternos.

DEJAR IR



Capítulo 5: Lo Que Retenemos, Lo Que Revelamos

El Espejo del Dinero

El dinero tiene una habilidad única para revelar la verdadera condición de nuestro corazón. Podemos hablar fácilmente el lenguaje de la fe, formular argumentos teológicos y mantener una apariencia religiosa, pero nuestras decisiones financieras eliminan toda pretensión y exponen lo que realmente creemos acerca de Dios.

Cuando los israelitas retuvieron sus diezmos, no solo estaban tomando malas decisiones económicas; estaban revelando el verdadero estado de su relación con Yahvé.

La Formación Espiritual del Dar

Dios no necesita nuestro dinero; Él es dueño de todo. Lo que desea es nuestra transformación.

El diezmo funciona como una disciplina espiritual que moldea nuestro carácter y profundiza nuestra fe. Cuando damos con sacrificio, estamos practicando la confianza de una manera tangible. Estamos declarando que la economía de Dios funciona de forma diferente a los sistemas financieros del mundo.

Cada vez que apartamos nuestro diezmo, participamos en un acto de formación espiritual. Estamos entrenando el corazón para reconocer a Dios como nuestro proveedor supremo. Desarrollamos el músculo espiritual de la fe que confía más en las realidades invisibles que en los saldos visibles de nuestras cuentas. Aprendemos a vivir por fe y no por vista (**2 Corintios 5:7**).

La Prueba de la Fidelidad Verdadera

El diezmo revela dónde está nuestra lealtad final. Cada vez que diezmamos, es como si realizáramos una evaluación semanal de si realmente creemos que Dios puede manejar nuestras finanzas mejor que nosotros mismos.

Por eso el diezmo suele resultar desafiante, incluso para creyentes maduros. No es solo una decisión financiera; es una declaración de dependencia. Es reconocer que nuestra seguridad no está en nuestra capacidad de acumular o preservar riqueza, sino en la fidelidad de Dios para proveer a Sus hijos.

El diezmo esporádico a menudo refleja una fe esporádica. Cuando damos generosamente solo en tiempos de abundancia, pero retenemos en tiempos de incertidumbre, estamos mostrando que

nuestro dar depende de las circunstancias, no de nuestras convicciones. El diezmo constante, sin importar nuestra situación económica, demuestra una confianza estable en el carácter y las promesas de Dios.

La viuda que Jesús elogió dio desde su pobreza, no desde su prosperidad. Su sacrificio constante reveló una fe constante. De la misma manera, nuestros hábitos de dar muestran si nuestra confianza en Dios es condicional o incondicional, circunstancial o fundamental.

Lo Que Nuestro Dar Revela

Nuestros hábitos de dar dicen la verdad sobre nuestro corazón. La obediencia constante revela fe y devoción. El dar inconsistente revela prioridades divididas. Retener revela falta de confianza, e incluso rebelión.

Cuando diezmamos, proclamamos: “Dios es primero en mi vida.” Cuando retenemos, revelamos que el dinero o el miedo tienen más autoridad sobre nosotros que Dios. **Proverbios 11:24** lo expresa claramente: *“Unos dan a manos llenas, y reciben más de lo que dieron; otros ni sus deudas pagan, y acaban en la miseria.”*

La Competencia del Dinero

La advertencia de Pablo en **1 Timoteo 6:9–10** expone la naturaleza peligrosa del amor al dinero: Pablo no condena el dinero en sí, sino el deseo por él, el amor que lo convierte en un dios rival. Cuando permitimos que el dinero ocupe el lugar de Dios en nuestras emociones y decisiones, no solo corremos el riesgo de ruina financiera, sino también de naufragio espiritual. El deseo de riqueza se convierte en una trampa que lleva a decisiones insensatas, a pasiones dañinas y, finalmente, al alejamiento de la fe.

Jesús identificó al dinero (mamón) como el principal competidor de Dios por nuestra devoción: *“Nadie puede servir a dos señores... Ustedes no pueden servir a la vez a Dios y a las riquezas”* (**Mateo 6:24**). Esto no se debe a que el dinero sea malo por naturaleza, sino porque promete lo que solo Dios puede dar: seguridad, significado y satisfacción.

Cuando retenemos nuestros diezmos, en esencia estamos eligiendo al dinero por encima de Dios como nuestro verdadero señor. Estamos decidiendo que nuestra seguridad financiera es más importante que nuestra obediencia espiritual.

Tratamos el dinero como si tuviera el poder de proveer lo que solo Dios puede ofrecer.

El Señorío en los Detalles

El verdadero señorío de Cristo no se demuestra en grandes gestos, sino en decisiones diarias. No se prueba por nuestra disposición a morir por Él, sino por nuestra disposición a vivir para Él en los momentos ordinarios de la vida, incluidas nuestras decisiones financieras.

Cuando honramos a Dios con nuestros recursos, reconocemos Su señorío sobre cada aspecto de nuestra existencia. El diezmo representa una forma práctica de declarar regularmente el señorío de Cristo sobre nuestras finanzas. Es un recordatorio constante de que todo lo que poseemos le pertenece a Él y de que somos solo administradores de Sus dones.

Sin esta práctica regular, fácilmente comenzamos a actuar como dueños en lugar de mayordomos. Por eso el diezmo no se trata de cálculos, sino de señorío. Cada diezmo declara: "Dios, Tú eres mi Señor. El dinero no me gobernará." No se convierta en un esclavo del dinero.

Creer en Dios, Pero Vivir Sin Él

El ateísmo práctico describe la desconexión entre lo que afirmamos creer y cómo realmente vivimos. Podemos declarar que Dios existe, que es poderoso y amoroso, y al mismo tiempo comportarnos como si esas verdades no afectaran nuestras decisiones diarias. Esta fue la condición espiritual que Malaquías enfrentó en su tiempo.

Los israelitas no eran ateos teológicos; creían en la existencia de Dios. Eran ateos prácticos: vivían como si la existencia de Dios no tuviera relevancia en su manera de manejar el dinero. Habían creado una fe intelectualmente correcta, pero prácticamente irrelevante.

Actividad Religiosa vs. Realidad Espiritual

Es posible mantener un alto nivel de actividad religiosa y, aun así, estar espiritualmente desconectado. Los israelitas seguían ofreciendo sacrificios y observando las fiestas mientras retenían sus diezmos. Conservaban la forma de la fe, pero habían perdido la esencia de la confianza que la hace significativa.

Los cristianos modernos pueden caer en el mismo patrón: asistir regularmente a la iglesia,

participar en estudios bíblicos y servir en ministerios, mientras mantienen un control total sobre sus finanzas. Podemos ser religiosamente activos y, al mismo tiempo, espiritualmente rebeldes en el área de nuestros recursos.

El Camino Hacia la Autenticidad

Alinear nuestras finanzas con nuestra fe crea autenticidad espiritual. Cuando nuestro dar refleja el evangelio, cuando nuestra administración de recursos refleja nuestra salvación, cuando nuestras decisiones financieras demuestran devoción, experimentamos la integridad de un corazón indiviso. Esa autenticidad profundiza nuestra relación con Dios y aumenta nuestra eficacia para representarlo ante los demás. El diezmo deja de ser solo un acto de obediencia para convertirse en un camino hacia la plenitud espiritual.

A través del dar fielmente, descubrimos el gozo de vivir con el corazón completamente rendido a Aquel que lo dio todo por nosotros. Aprendemos que lo que retenemos revela menos sobre nuestras circunstancias que sobre nuestro carácter, y que lo que damos revela el poder transformador de la gracia en nuestras vidas.

EL ALFOLÍ



Capítulo 6: El Diezmo que Prueba el Corazón

“Traigan íntegro el diezmo a la tesorería del Templo; así habrá alimento en mi casa. Pruébenme en esto — dice el Señor de los Ejércitos—, y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde” Malaquías 3:10 (NVI).

El tema del diezmo suele provocar reacciones intensas. Algunos lo ven como una práctica del Antiguo Testamento ya superada, mientras que otros lo consideran una expresión fundamental de fe. Sin embargo, más allá de los debates sobre porcentajes, el diezmo encierra un principio espiritual profundo que toca el corazón mismo de nuestra relación con Dios. El diezmo cumple una doble función: provee de manera práctica para la obra de Dios y, al mismo tiempo, actúa como una prueba espiritual que revela la verdadera condición de nuestro corazón.

Lo Que el Diezmo Abarca

El diezmo se aplica a todo incremento: salario, ganancias, inversiones e incluso regalos. Dios no pide el capital, solo el aumento. Si recibes intereses

de tus ahorros, ganancia por una venta o ingreso por tu trabajo, una décima parte le pertenece a Él.

Dios lo hizo simple: quita el último dígito a la derecha y tendrás tu diezmo. El desafío no está en la matemática, sino en la obediencia. Con frecuencia, cuando llega el día de pago, primero se pagan las cuentas y Dios queda para el final. Le damos lo que sobra, en lugar de lo que es santo.

Jesús dijo en **Mateo 6:33**: *“Busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas.”* El diezmo es el primer paso para volvernos al Señor, un acto de obediencia que abre la bendición del cielo.

El Estándar del Diez Por Ciento y el Alfolí

¿Por qué el diez por ciento? Este estándar aparece repetidamente en la Escritura, desde la entrega voluntaria de Abraham hasta los requisitos formales dados a través de Moisés. No parece una cifra arbitraria, sino divinamente establecida.

El diez por ciento representa una porción significativa, suficiente para requerir sacrificio y fe, pero no tan grande como para ser inalcanzable. Mantiene un equilibrio entre dar de forma

significativa y mantener la sostenibilidad, exigiendo planificación y prioridad, lo que lo convierte en una prueba efectiva de compromiso con los valores del Reino.

Su sencillez matemática lo hace aplicable a cualquier nivel económico. Ya sea que alguien gane mucho o poco, el diez por ciento sigue siendo una medida proporcional y justa.

El Principio del Alfolí

Malaquías 3:10 ordena: *“Traigan íntegro el diezmo al alfolí.”* En Israel, el alfolí era el lugar donde se almacenaban los diezmos para sostener a los levitas, mantener el templo y proveer para los necesitados.

Aplicación Moderna

Hoy surgen preguntas sobre cómo y dónde deben entregarse los diezmos.

La Iglesia Local como Alfolí Principal: En el Nuevo Testamento, la iglesia local aparece como el principal instrumento de la obra de Dios. Así como el alfolí sostenía el ministerio y la adoración en Israel, la iglesia cumple esa función hoy, apoyando el liderazgo pastoral, facilitando la adoración, impulsando el ministerio y cuidando a

los necesitados. El texto dice “traigan” el diezmo, no “envíen”. Es decir, preséntalo en tu iglesia local como acto de adoración.

Dar de Manera Sistemática: El principio del alfolí también resalta la importancia de dar con regularidad y no solo por impulso. Pablo enseñó: *“Cada primer día de la semana, aparten algo según lo que hayan ganado”* (1 Corintios 16:2).

Rendición de Cuentas: El sistema del alfolí proveía responsabilidad tanto para quienes daban como para quienes administraban. De igual forma, las iglesias de hoy deben mantener integridad financiera y transparencia en la mayordomía de los recursos.

Respondiendo a Objeciones Comunes

“Tener que diezmar es legalismo.” Esta objeción es común, pero el legalismo ocurre cuando la obediencia externa reemplaza la transformación interna, no cuando se practica un principio bíblico con fe. El verdadero diezmo fluye de un corazón transformado que reconoce el señorío de Dios y desea honrarlo. Cuando se entiende correctamente, el diezmo no oprime, sino que libera: nos libera de la ansiedad y del egoísmo

que caracterizan la relación del mundo con el dinero.

“Debemos dar según lo que sentimos.”

Algunos sostienen que los creyentes deben dar únicamente según lo que el Espíritu los guíe. Aunque la dirección del Espíritu es esencial, esta mentalidad puede llevar a una entrega irregular e insuficiente. Las emociones cambian, pero el compromiso con Dios debe ser constante. El diezmo provee una base firme de fidelidad que asegura el sostenimiento regular de la obra de Dios, sin impedir ofrendas adicionales guiadas por el Espíritu.

“No puedo dar el diezmo porque no me alcanza.” Las limitaciones económicas son reales, pero la Biblia enseña que no podemos darnos el lujo de no diezmar. **Malaquías 3:8-12** relaciona la falta de diezmo con dificultades financieras. Dios promete reprender al devorador y abrir las ventanas del cielo para quienes son fieles. Muchos creyentes testimonian haber experimentado provisión al priorizar el diezmo, incluso cuando su presupuesto parecía insuficiente. A menudo, este paso de fe lleva a una mejor administración y a una paz que el dinero no puede comprar.

“Yo doy mi tiempo y mis talentos.” El tiempo y los talentos son valiosos, pero no reemplazan el dar dinero. La Escritura enfatiza el servicio y la contribución financiera. El dinero permite sostener el ministerio y alcanzar lugares que el tiempo o el talento por sí solos no podrían.

“La iglesia malgasta el dinero.” Es cierto que debe haber integridad en el liderazgo financiero, pero los casos de mala administración no anulan los principios bíblicos del diezmo. Así como la corrupción no elimina la necesidad de los impuestos, las fallas humanas no eliminan la verdad espiritual. La solución no es dejar de dar, sino apoyar iglesias transparentes, con responsabilidad y buena administración.

El diezmo sigue siendo el primer paso de obediencia que abre las puertas de la bendición.

El Diezmo Antes de la Ley

Abraham diezmó antes de Moisés, antes de la Ley, antes incluso de que existiera Israel. Después de rescatar a su sobrino Lot, se encontró con Melquisedec, “rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo.” Dice **Génesis 14:20** *“Y bendito sea el Dios Altísimo, que entregó a tus enemigos en tus manos.”* Entonces Abram le dio el diezmo de todo.

Esto ocurrió siglos antes de la Ley, lo que muestra que el diezmo nació de un corazón agradecido, no de una obligación. **Hebreos 7:1-4** resalta la grandeza de este acto, describiendo a Melquisedec como un tipo de Cristo. Abraham, el padre de la fe, dio voluntariamente, movido por gratitud. Si Abraham diezmó por fe y gracia, nosotros que caminamos en esa misma fe deberíamos hacer lo mismo.

Jacob también prometió diezmar en **Génesis 28:20-22**: *“Si Dios me acompaña y me protege en este viaje... el Señor será mi Dios, y de todo lo que me dé, le daré la décima parte.”* El diezmo fue, para Jacob, un acto de fe y de relación de pacto.

El Diezmo Bajo la Ley

Cuando Israel fue esclavizado en Egipto y luego vagó por el desierto, Dios estableció el diezmo mediante Moisés. Su pueblo necesitaba disciplina espiritual, y el mandamiento fue escrito en la Ley para enseñarles reverencia. *“Cada año, sin falta, apartarás la décima parte de todo lo que produzcan tus campos. En la presencia del Señor tu Dios comerás la décima parte de tu trigo, tu vino nuevo y tu aceite, y de los primogénitos de tus vacas y ovejas; lo harás en el lugar que él escoja como residencia de su*

Nombre. Así aprenderás a temer siempre al Señor tu Dios.” Deuteronomio 14:22-23. “El diezmo de todo producto del campo... le pertenece al Señor; es cosa consagrada al Señor.” Levítico 27:30.

El diezmo bajo la Ley no solo era un medio de apoyo económico, sino también una escuela de obediencia. Recordaba a Israel que cada cosecha, cada rebaño y cada bendición provenían de la mano de Dios.

El Diezmo en el Nuevo Testamento

Jesús lo Afirma. Jesús no vino a abolir la Ley, sino a cumplirla. Él nos redimió de la maldición de la desobediencia, pero no anuló el principio del diezmo.

En **Mateo 23:23**, Jesús dijo: *“¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, hipócritas! Dan la décima parte de sus especias: la menta, el anís y el comino. Pero han descuidado los asuntos más importantes de la Ley, tales como la justicia, la misericordia y la fidelidad. Debían haber practicado esto sin descuidar aquello.”*

Jesús condenó la religiosidad vacía, pero confirmó el principio del diezmo. La obediencia no debía ser reemplazada por la indiferencia, sino complementada con un corazón recto.

Continuidad y Transformación

El paso del Antiguo al Nuevo Pacto implica continuidad y transformación. Los principios morales permanecen; los rituales encuentran su cumplimiento en Cristo. El diezmo pertenece al primer grupo: es un principio moral y eterno, no una ceremonia pasajera.

Aunque el Nuevo Testamento menciona pocas veces el diezmo directamente, enseña principios que lo apoyan e incluso lo superan: Dar con sacrificio: “Dieron según sus posibilidades, y aun más allá de sus posibilidades” (**2 Corintios 8:3**). Dar con regularidad: “Cada primer día de la semana, cada uno aparte algo según lo que haya ganado” (**1 Corintios 16:2**). Sostener el ministerio: “Así también el Señor ha ordenado que quienes anuncian el evangelio vivan del evangelio” (**1 Corintios 9:14**).

Gracia y Gratitud

Bajo el Nuevo Pacto, el diezmo se convierte en una expresión de gracia y gratitud, no en una obligación. Esto no baja el estándar; lo eleva. El dar por gracia suele superar al dar por ley, porque fluye del amor, no del temor.

El diezmo es un punto de partida práctico para el creyente, pero la meta va más allá del porcentaje: busca la mayordomía total del corazón. Muchos creyentes maduros dan más del diezmo, no por mandato, sino por amor.

Confianza y Dependencia

El diezmo requiere confianza en el carácter de Dios. Nos lleva a actuar por fe, creyendo que Él suplirá incluso después de entregar una parte significativa de nuestros recursos. Este ejercicio de fe fortalece la relación con Dios y amplía nuestra capacidad de confiar en Él en otras áreas de la vida.

Muchos testifican que la fidelidad en el diezmo ha traído una confianza más profunda en la fidelidad de Dios.

Perspectiva Eterna

Jesús enseñó mucho sobre la relación entre el dinero y los valores eternos. El diezmo nos ayuda a mantener el enfoque en lo que realmente importa. Cada vez que damos, invertimos en algo que trasciende esta vida.

En Mateo 22:21, Jesús dijo: *“Den al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.”*

Esta simple frase resume nuestra responsabilidad terrenal y espiritual: lo que lleva la imagen del César pertenece al gobierno, pero lo que lleva la imagen de Dios, nuestro corazón y nuestros recursos, le pertenece a Él.

El diezmo que prueba el corazón revela mucho más que nuestra actitud hacia el dinero: expone cuánto confiamos en la fidelidad de Dios y cuánto estamos comprometidos con Sus propósitos.

La fidelidad en el diezmo no garantiza prosperidad material, pero sí promete bendición espiritual y la alegría de participar en la obra de Dios.

El llamado a diezmar nos desafía a pasar de la creencia teórica a la obediencia práctica, del compromiso verbal al sacrificio real. Cuando respondemos con fe y alegría, descubrimos que el diezmo no es una carga, sino un privilegio; no una obligación, sino una oportunidad de expresar amor a Dios y compromiso con Su Reino.

TERCERA PARTE



LA GRAN DESCONEXIÓN

Capítulo 7: Las Estadísticas No Mienten

“Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.” Mateo 6:21 (NVI).

En una nación donde el 65% de los adultos se identifican como cristianos y donde la prosperidad ha alcanzado niveles sin precedentes, uno esperaría ver una generosidad extraordinaria hacia la obra de Dios. Sin embargo, la realidad cuenta una historia muy distinta, una historia que revela una desconexión preocupante entre la fe que se profesa y la fidelidad financiera que se practica.

Las estadísticas no solo sugieren un problema; exponen una **crisis de discipulado** que va mucho más allá de los presupuestos eclesiásticos. Toca el corazón mismo de la identidad y el compromiso cristiano.

La Realidad de las Donaciones Cristianas

Estudios recientes pintan un cuadro inquietante sobre la generosidad cristiana en Estados Unidos. Incluso entre los creyentes más comprometidos con la Biblia, la realidad está muy por debajo de las expectativas bíblicas.

La Sorprendente Verdad sobre el Diezmo

De los más de 200 millones de personas en Estados Unidos que se identifican como cristianas, solo un pequeño porcentaje diezma fielmente. Según Nonprofit Source:

- Solo el **5%** de los estadounidenses diezma regularmente (da el 10% de sus ingresos).
- El **80%** solo da alrededor del **2%** de sus ingresos.
- Solo entre el **3%** y el **5%** de quienes dan a su iglesia local lo hacen de manera constante y proporcional.

Estas cifras revelan la magnitud del problema. La falta de diezmo atraviesa todos los niveles económicos y refleja problemas mas profundos: prioridades desalineadas, falta de compromiso y escasa madurez espiritual.

Perspectiva Histórica: Las Donaciones Durante la Gran Depresión

Una de las comparaciones más impactantes surge al observar el contraste histórico. Durante la Gran Depresión, una de las épocas más difíciles de la historia económica, los registros de las iglesias protestantes muestran que el promedio de donaciones equivalía al **3.3%** del ingreso. Esto

ocurrió cuando el desempleo era alto y muchas familias apenas sobrevivían.

Hoy, con mucho más ingreso y estabilidad, los cristianos dan en promedio **solo entre 2.5% y 3%** de sus ingresos (Nonprofit Source). El contraste revela una paradoja inquietante: a medida que los cristianos se han hecho mas ricos, han dado proporcionalmente menos.

Comparaciones:

- En **1933**, el ingreso promedio era de \$1,550 dólares al año y el promedio de donaciones era del 3.3%.
- En el **2023**, el ingreso promedio supera los \$70,000 dólares al año, pero el promedio de donaciones anda sobre el 2.5%.

Calculando el Impacto

Las cifras muestran que si los cristianos realmente diezmaran, los recursos disponibles serían suficientes para financiar una transformación global.

- **Misiones Globales:** Se podría llevar el evangelio a cada rincón del mundo.

- **Alivio de la Pobreza:** Podría eliminarse la pobreza extrema en muchas regiones.
- **Educación y Desarrollo Comunitario:** Las escuelas y universidades cristianas podrían expandirse, ofreciendo educación de calidad basada en valores bíblicos.
- **Plantación de Iglesias:** Habría recursos para establecer iglesias en comunidades necesitadas, tanto locales como internacionales.

Preocupaciones Generacionales

Cuando los padres no diezman, los hijos aprenden que el compromiso no incluye sacrificio. Las iglesias y ministerios con fondos insuficientes tienen menos capacidad para alcanzar y discipular a las nuevas generaciones. Cada generación que crece sin enseñanza clara sobre la generosidad bíblica se adapta más fácilmente a los valores financieros del mundo.

Rompiendo las Estadísticas

Aunque las cifras actuales son preocupantes, también representan una oportunidad inmensa. La diferencia entre lo que los cristianos dan hoy y lo que la Biblia enseña a dar muestra el potencial de un impacto sin precedentes para el Reino de Dios.

La historia demuestra que los tiempos de avivamiento espiritual siempre van acompañados de un aumento en la generosidad. Cuando el corazón se rinde al Señor, la billetera también se convierte. La renovación espiritual conduce naturalmente a la renovación financiera.

Las estadísticas no describen un destino inmutable; describen una condición actual que puede cambiar con una nueva entrega al Señor y una enseñanza fiel del discipulado bíblico.

Una Elección para Cada Creyente

Cada cristiano enfrenta una decisión: ¿Continuaremos reflejando los patrones de una cultura egoísta y autosuficiente, o abrazaremos la visión bíblica de una generosidad sacrificada que puede transformar el mundo?

Las cifras actuales son solo el punto de partida. La historia puede reescribirse por una generación dispuesta a **invertir su tesoro donde realmente está su fe.**

TEMOR vs FE



Capítulo 8: Barreras para la Generosidad en el Dar

Las estadísticas del capítulo anterior revelan una crisis, pero detrás de cada porcentaje hay un corazón humano que lucha con temores reales y obstáculos personales al momento de dar. Estas barreras no son muros imposibles de escalar, sino desafíos que pueden ser entendidos y superados por medio de la fe y la sabiduría bíblica.

El Miedo: La Barrera Principal

Una de las mayores barreras para diezmar es el **miedo**. Muchos creyentes piensan: “Si doy el 10%, no me va a alcanzar.” El miedo susurra que las cuentas, los gastos y las necesidades serán demasiados si ponemos a Dios primero. Pero el miedo siempre contradice la fe.

Jesús lo abordó directamente en **Mateo 6:31–33**: *“Así que no se preocupen diciendo: ‘¿Qué comeremos?’, o ‘¿Qué beberemos?’ o ‘¿Con qué nos vestiremos?’”. Los paganos andan tras todas estas cosas, pero su Padre celestial sabe que ustedes las necesitan. Más bien, busquen primeramente el reino de*

Dios y su justicia, entonces todas estas cosas les serán añadidas."

El diezmo es un acto de confianza. Es decir: "Señor, creo que Tú proveerás cuando te pongo primero." El miedo retiene, pero la fe libera.

En el fondo de casi toda resistencia a dar, se esconde el miedo de que Dios no cumplirá lo que promete, o que no podrá suplir nuestras necesidades si damos con generosidad. Ese miedo se disfraza de prudencia, pero en realidad revela la ilusión de que podemos controlar nuestro futuro financiero.

Sin embargo, la pérdida de empleo, las crisis económicas o los problemas de salud pueden desbaratar hasta el plan más cuidadoso. La seguridad basada en la acumulación es, en gran medida, una ilusión.

Respuesta bíblica: La Biblia nos llama a vivir no basados en la seguridad humana, sino en la fe. La viuda de Sarepta usó su último puñado de harina para alimentar al profeta Elías, y descubrió provisión sobrenatural durante toda la hambruna que se dio en ese tiempo. (1 Reyes 17:8-16). Vivir por fe no ignora las necesidades reales, pero confía

en el carácter de Dios por encima de las circunstancias.

Presiones Culturales y Mentalidad Materialista

La cultura moderna adora el consumo y define el éxito por la acumulación. Esa mentalidad materialista se infiltra fácilmente en la iglesia, donde muchos creyentes miden la vida por posesiones en lugar de por obediencia.

Jesús advirtió en **Lucas 12:15**: “*¡Tengan cuidado! —advirtió a la gente—. Absténganse de toda avaricia; la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes.*”

Hasta que no aprendamos a decir “no” a la codicia cultural, nos costará decir “sí” al llamado de Dios a la generosidad. Cómo romper con esto:

- Redefinir el éxito según los estándares bíblicos, no culturales.
- Limitar la exposición a las redes sociales y practicar la gratitud por lo que ya tenemos.
- Aumentar el porcentaje de nuestras donaciones más rápido que el de nuestros gastos.

- Enfocarnos en inversiones eternas más que en acumulación temporal.

Ansiedad Económica vs. Vida Basada en la Fe

Las crisis económicas recientes han intensificado la ansiedad financiera, incluso entre los creyentes. La recesión del 2008, la pandemia del COVID-19 y la inestabilidad global dejaron a muchos con temor, aun cuando sus finanzas actuales son estables.

Una mentalidad de escasez: Los recursos son limitados; hay que competir por lo poco que hay.

Una mentalidad de abundancia: Dios es la fuente ilimitada de toda provisión.

Los préstamos estudiantiles, los gastos médicos y la vivienda pueden crear presiones reales, pero muchas familias descubren que diezmar continuamente las ayuda a presupuestar mejor y a distinguir entre necesidades y deseos.

Economía basada en la fe: Reconocer las necesidades reales, pero confiar en la provisión de Dios. Planificar, presupuestar y ahorrar son buenos hábitos, siempre que estén sustentados por la confianza en Dios, no por el miedo. **Isaías 41:10** dice lo siguiente *“Así que no temas, porque yo estoy*

contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con la diestra de mi justicia.”

Entendiendo la Maldición de Malaquías 3:9

Malaquías 3:9 dice: *“Ustedes —la nación entera—, están bajo gran maldición, pues es a mí a quien están robando.”*

Este es un mensaje serio. La maldición no fue un castigo arbitrario, sino la consecuencia natural de la desobediencia. Cuando el pueblo retenía lo que era santo, se apartaba de la protección y la provisión de Dios. El devorador destruía sus cosechas y sus esfuerzos rendían poco fruto.

El mismo principio se aplica hoy: la desobediencia trae pérdida, frustración y escasez; la obediencia abre puertas de bendición, protección y gozo.

Los israelitas no solo estaban reteniendo dinero, estaban debilitando toda la estructura del pacto. Los sacerdotes se quedaban sin sustento, el templo no podía funcionar y los pobres quedaban sin ayuda.

Este principio también se ve en **Zacarías 5:1–4**, cuando el profeta vio un rollo que volaba, que

representa la maldición que recae sobre el ladrón y el que jura en falso: **“Vi un rollo que volaba... Y me dijo: “Esta es la maldición que se extiende sobre toda la tierra... Entrará en la casa del ladrón y del que jura falsamente por mi nombre; permanecerá en esa casa y la destruirá por completo.”**

Advertencia: No honrar a Dios con nuestras finanzas tiene consecuencias que van más allá de nuestras cuentas personales.

Ánimo: Dios nos invita a ponerlo a prueba con nuestra generosidad.

Promesa: Cielos abiertos y bendición abundante para quienes confían en Él.

La maldición no es permanente. Los que dejan de retener y comienzan a honrar a Dios pueden esperar las bendiciones del pacto.

De Barreras a Puentes

La confusión teológica se aclara con el estudio de la Palabra. La ansiedad económica se vence con una vida basada en la fe.

El mensaje de Malaquías ofrece advertencia y oportunidad. Quienes siguen robando a Dios experimentarán las consecuencias de una relación de pacto quebrantada. Pero quienes prueban Su

fidelidad a través de la generosidad descubrirán los cielos abiertos y la abundancia de Su gracia.

Cuando el pueblo de Dios da con generosidad, el impacto trasciende lo individual. Las iglesias se renuevan, las comunidades prosperan y el Reino se refleja en la tierra.

La decisión está ante cada creyente: ¿Permitiremos que las barreras definan nuestra vida financiera, o confiaremos lo suficiente en Dios para superarlas y vivir la mayordomía bíblica?

Las estadísticas muestran que la mayoría elige la seguridad de las barreras. Pero algunos eligen la aventura de la generosidad por fe, y esa elección, sin duda, **marca toda la diferencia.**

CUARTA PARTE YO ME VOLVERÉ



A USTEDES

Capítulo 9: La Promesa del Retorno Divino

La belleza de la profecía de Malaquías no está solo en el llamado a volver, sino en la promesa que lo acompaña: *“Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes —dice el Señor de los Ejércitos.”* **Malaquías 3:7 (NVI).**

Los mandamientos de Dios nunca son órdenes frías; son invitaciones acompañadas de promesas de pacto.

Lo Que Significa Que Dios Regrese

Cuando Dios dice: “Yo me volveré a ustedes”, revela algo profundo sobre Su naturaleza. Él no es un ser distante, inmóvil, ni vive en aislamiento majestuoso. Es un Dios que se involucra, que busca relación, que se acerca a quienes se acercan a Él.

Este es el mismo Dios que caminó en el huerto al fresco del día, buscando la compañía de Adán. El mismo que habitó entre Su pueblo en el desierto, poniendo Su tienda en medio de ellos.

La palabra hebrea usada aquí para “volver” es **shuv**, la misma que se emplea en los profetas para hablar de arrepentimiento y restauración.

No implica solo regresar al punto de partida, sino un giro completo, una reorientación del corazón y del propósito.

Cuando nosotros volvemos a Dios, dejamos atrás nuestros caminos errantes. Y cuando Él se vuelve a nosotros, derrama nuevamente Su favor, Su presencia y Su bendición.

Pensemos en esto con asombro: el Dios eterno, que no necesita nada ni a nadie, promete ajustar Su postura hacia nosotros en respuesta a nuestro movimiento hacia Él. No porque cambie en Su esencia, sino porque la verdadera relación requiere reciprocidad, requiere movimiento mutuo. Una relación en la que solo uno se mueve y el otro permanece inmóvil no es relación en absoluto.

El Corazón Recíproco del Pacto

Esta promesa en Malaquías revela el corazón palpitante del pacto: Dios inicia, nosotros respondemos, y luego Él responde a nuestra respuesta con bendición aún mayor. No es una transacción fría, sino una devoción mutua.

Recordemos a Abraham, llamado a salir de Ur; obedeció y fue bendecido más allá de toda medida.

Pensemos en David, que buscó el corazón de Dios y recibió la promesa de un trono eterno. Y en la mujer samaritana, que reconoció su sed y halló en Jesús el agua viva que se convirtió en manantial dentro de ella.

En cada caso, la respuesta humana, aunque imperfecta y a veces temerosa, se encontró con una respuesta divina mucho más grande de lo que merecía. Así es nuestro Dios: nunca se limita a igualar nuestro paso. Corre a nuestro encuentro, como el padre del hijo pródigo que “cuando aún estaba lejos, lo vio y corrió a abrazarlo.”

El pacto es recíproco, pero nunca igual. Nuestro regreso a Dios es parcial, mezclado con dudas e inseguridades. Su regreso hacia nosotros es total, completo, y rebosante de gracia.

La Disposición de Dios para Bendecir

Hay un tono de entusiasmo en la promesa de Dios: “Yo me volveré a ustedes.” No es una aceptación fría, ni una espera con los brazos cruzados. Es un anhelo divino de restaurar la comunión con Su pueblo. En **Isaías 65:24**, Dios dice: *“Antes que me llamen, yo les responderé; todavía estarán hablando cuando ya los habré escuchado.”*

Lo que vemos en Malaquías es coherente con este carácter divino: Dios está más dispuesto a perdonar de lo que nosotros estamos a pedir perdón. Está más listo para bendecir que nosotros para recibir. Y está más comprometido con la relación que nosotros mismos.

Esto cambia nuestra visión del arrepentimiento y la disciplina espiritual. No nos volvemos a Él para ganarnos Su favor, sino porque ya sentimos Su favor atrayéndonos. Nos movemos hacia Él porque primero notamos que Él ya se ha movido hacia nosotros.

La Generosidad Excesiva del Retorno Divino

Esta generosidad desbordante no es un acto aislado; brota del mismo carácter de Dios. Él no es generoso porque tiene mucho, sino porque Él es generosidad. El Dios que entregó a Su Hijo por Sus enemigos ciertamente no negará ningún bien a Sus hijos.

Nosotros regresamos con arrepentimiento y obediencia; Él responde con misericordia, presencia y abundancia. Pablo lo expresa en **Efesios 3:20**: *“Al que puede hacer muchísimo más que todo lo que podamos imaginarnos o pedir, por el poder que obra eficazmente en nosotros.”*

Dios siempre da más de lo que le damos. Su respuesta excede nuestra fe.

Vivir a la Luz del Retorno

¿Cómo vivimos a la luz de esta promesa? ¿Cómo afecta nuestro caminar diario, nuestras decisiones y esperanzas?

Primero, nos llena de confianza para acercarnos a Dios. No necesitamos dudar si Él nos escucha o si le importan nuestras luchas. La promesa es clara: “Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes.”

Segundo, nos motiva a volver con alegría. Saber que Dios está ansioso por acercarse a nosotros, convierte el arrepentimiento en esperanza, no en castigo. No regresamos arrastrándonos ante un amo severo, sino corriendo hacia los brazos de un Padre amoroso.

Tercero, nos ayuda a entender las estaciones espirituales. Cuando sentimos que Dios está lejos, cuando la oración parece vacía y la fe se enfría, no significa que Él se haya ido. Significa que nos invita a regresar. La promesa sigue siendo la misma: “Vuélvanse... y Yo me volveré.”

Por último, nos da esperanza para los demás. Si Dios está tan dispuesto a volver a Su pueblo, nadie está fuera de Su alcance. La misma promesa que nos transformó puede transformar cualquier corazón que decida volverse hacia Él.

Dos Rostros en Relación

Hay una imagen profunda escondida en las palabras de Dios: “Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes.” Esta invitación revela que hemos estado caminando en direcciones opuestas. Una relación verdadera requiere que ambas partes se miren cara a cara, lo suficientemente cerca como para compartir comprensión e intimidad.

Pero cuando Dios llama, reconoce que nosotros hemos dado la espalda, y que Él, en justicia, también ha apartado Su rostro. Somos como dos personas de espaldas, mirando hacia distintos horizontes, siguiendo prioridades diferentes.

¿Cómo puede haber relación si no estamos frente a frente?

Cuando Dios dice: “Vuélvanse a mí con sus diezmos y ofrendas”, nos está diciendo: “Dense la vuelta. Mírenme directamente a los ojos. Déjenme mirarlos a ustedes.”

Nos invita a acercarnos, no solo a conocer cosas acerca de Él, sino a conocerlo a Él, en la intimidad que solo existe cuando los corazones están alineados y las prioridades son compartidas. En **Juan 17:3** Jesús dice claramente que necesitamos conocer a Dios *“Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú has enviado.”* El diezmo, entonces, se convierte en ese primer paso de regreso, ese acto tangible que abre el camino a una relación verdadera.

Hasta que llegue ese día final, esta promesa nos sostiene: *“Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes, dice el Señor de los Ejércitos.”*

Y eso es suficiente. Más que suficiente. Significa todo.

LA PRUEBA



Capítulo 10: “Pruébenme en Esto”

Las Bendiciones del Dar Fielmente

A lo largo de las Escrituras, poner a prueba a Dios generalmente está prohibido. Israel fue advertido: “No pongas a prueba al Señor tu Dios” (**Deuteronomio 6:16; Mateo 4:7**). Probar a Dios desde la duda o la rebeldía es pecado.

Pero en **Malaquías 3:10**, Dios mismo hace una excepción asombrosa: *“Traigan íntegro el diezmo a la tesorería del Templo; así habrá alimento en mi casa. Pruébenme en esto —dice el Señor de los Ejércitos—, y vean si no abro las compuertas del cielo y derramo sobre ustedes bendición hasta que sobreabunde..”*

Este es el único lugar en toda la Biblia donde Dios invita a Su pueblo a probarlo. ¿Por qué? Porque Él sabe que el dinero es el terreno donde más fácilmente se rompe la confianza.

El diezmo no es solo obediencia; es el campo de entrenamiento de la fe. Dios dice: “Pruébenme. Pongan a prueba Mi promesa y vean si no soy fiel.”

Hay momentos en la Escritura donde la voz de Dios cambia, donde el Padre eterno, que no

necesita nada de nosotros, suena casi... entusiasmado. Como si no pudiera esperar para demostrar algo maravilloso sobre Su propio corazón. Este es uno de esos momentos. “Pruébenme en esto,” dice. No dice “confíen en mí” o “obedézcanme”, aunque eso también es necesario— sino **“pruébenme.”** Descubran lo que sucede cuando me toman en serio.

La Audacia de la Invitación

¿Por qué Dios invita, o mejor dicho, reta a Su pueblo a probarlo?

La respuesta está en el tipo de prueba que Él propone. No es la exigencia arrogante de pruebas, como en el desierto. No es manipular a Dios para que actúe según nuestra voluntad. Es algo muy distinto: una invitación a conocer Su corazón a través de la obediencia.

Dios pone Su reputación en juego porque quiere que Su pueblo **lo conozca**, no solo sepa cosas sobre Él. Hay una gran diferencia entre creer que Dios es fiel y experimentar Su fidelidad personalmente.

Cuando Él dice “pruébenme en esto”, nos invita a pasar de una fe teórica a una fe vivida.

De oír hablar de Su fidelidad a verla con nuestros propios ojos.

Las Compuertas del Cielo

¿Qué significa cuando Dios promete abrir “las compuertas del cielo”? La imagen es de abundancia, poder y flujo imparable.

Este lenguaje evoca Génesis 7:11, cuando las compuertas del cielo se abrieron en tiempos de Noé, desatando un diluvio tan grande que nada pudo resistirlo. En Malaquías, la imagen se invierte: en lugar de juicio, las compuertas se abren para bendecir.

No es una llovizna. Es un aguacero celestial. El depósito del cielo se vacía sobre la tierra obediente.

La frase “hasta que sobreabunde” significa bendiciones que exceden la capacidad de contenerlas: bendiciones que alcanzan a la familia, a la iglesia, y a toda la comunidad. Nos convertimos en conductos, no en depósitos.

Dios no solo bendice para satisfacer nuestras necesidades, sino para que su bendición fluya a través de nosotros hacia otros. Su generosidad nos transforma en reflejos de Su propio corazón.

Protección contra el Devorador

Pero la promesa de Dios no termina en la abundancia; incluye protección. *“Reprenderé al devorador para que no arruine sus cultivos y las vides en los campos no pierdan su fruto —dice el Señor de los Ejércitos.” (Malaquías 3:11).*

En los días de Malaquías, el “devorador” eran plagas, insectos y sequías que arruinaban cosechas enteras. Hoy, ese principio se extiende a todo lo que amenaza nuestras finanzas: gastos inesperados, emergencias, pérdidas repentinas.

Cuando honramos a Dios con nuestros diezmos, Él promete **reprender al devorador** en nuestro favor. El gasto imprevisto se resuelve con menor costo del esperado. La crisis médica se cubre milagrosamente. La pérdida laboral se convierte en una oportunidad mejor. En tiempos de crisis financieras el favor de Dios está siempre presente.

Esto no significa que los que diezman no enfrentan dificultades, pero sí significa que tienen una **cobertura divina** que otros no tienen. Dios mismo guarda lo que pertenece a los que reconocen que todo le pertenece a Él.

Fruto en Todo lo que Hacemos

La promesa continúa: *“Sus viñas en el campo no perderán su fruto antes de madurar.”* (**Malaquías 3:11**).

Esto habla de bendición en el trabajo, de ver los esfuerzos llegar a buen término. Los proyectos prosperan, los negocios se mantienen firmes, las inversiones producen más de lo esperado.

No se trata solo de dinero. Las relaciones florecen, la salud mejora, la creatividad da fruto. Hay un favor divino que descansa sobre quienes ponen a Dios primero.

El principio es simple: Cuando honramos a Dios con nuestros recursos, Él honra la obra de nuestras manos. (**Salmo 90:17**).

Reconocimiento y Favor

Una de las promesas más hermosas es la de reconocimiento: *“Entonces todas las naciones los llamarán dichosos, porque ustedes tendrán una tierra maravillosa...”* (**Malaquías 3:12**).

No se trata de orgullo ni de presumir. Es el resultado natural del favor de Dios. La provisión constante, la paz en medio de la crisis, la

bendición visible hacen que otros noten algo diferente.

Y cuando preguntan cuál es el secreto, tenemos la oportunidad de testificar de la fidelidad de Dios. Nuestra vida se convierte en mensaje.

El favor divino también abre puertas. Empleadores, clientes o socios confían en quienes demuestran integridad y fe. El que honra a Dios, Dios lo honra.

Vitalidad Espiritual y Renovación Interior

Más allá de las bendiciones materiales o sociales, la mayor recompensa del dar fielmente es la intimidad renovada con Dios.

Cuando confiamos en Él con nuestro tesoro, nuestro corazón naturalmente lo sigue. Cada vez que damos, reafirmamos que Él es nuestra fuente y nuestra seguridad.

El estrés financiero empieza a desaparecer, reemplazado por paz y descanso en Sus promesas. La oración se vuelve más viva al ver Su fidelidad en lo práctico. Y la gratitud florece en adoración.

El dar fielmente no solo cambia nuestras cuentas, cambia nuestro corazón.

El Corazón Detrás del Desafío

Finalmente, la invitación de Dios a “probarlo” revela algo hermoso sobre Su corazón. Él no es un dador renuente que mide cada bendición. Es un Padre que disfruta dar.

Este desafío nace del amor, no de la obligación. Dios sabe que cuando Su pueblo experimenta Su fidelidad de primera mano, sus corazones serán cautivados, no solo por Sus regalos, sino por el Dador mismo.

Cuando lo ponemos a prueba con fe, aprendemos algo que cambia todo: Que nuestro Dios no solo es digno de adoración, sino también de confianza. No solo es poderoso en general, sino fiel en lo personal. No solo ama en teoría, sino que da en abundancia.

“Pruébenme en esto,” dice el Señor. Es la invitación de un Dios que sabe exactamente lo que hará cuando Su pueblo lo tome en serio. Vuélvanse a mí y yo me volveré a ustedes.

QUINTA PARTE



VIVIENDO EL REGRESO

Capítulo 11: Dando el Primer Paso

*“Cuando camines, nada te detendrá;
cuando corras, no tropezarás.” Proverbios 4:12.*

El llamado de Dios no es solo a escuchar Su Palabra, sino a vivirla. Hay algo emocionante y, a la vez, aterrador en los primeros pasos. Es como un niño que da su primer paso tambaleante hacia los brazos que lo esperan, o un adulto cruzando el umbral de una nueva etapa, los primeros pasos requieren valentía. Nos piden dejar la seguridad de lo conocido y confiar en que el suelo delante de nosotros será firme.

Cuando se trata de diezmar, de confiar en Dios con nuestras finanzas, ese primer paso puede parecer gigantesco. La distancia entre entender la promesa de Dios y escribir el primer cheque puede sentirse como un abismo. Pero, como todo primer paso, no se trata de recorrer toda la distancia, sino de moverse del miedo a la fe, de aferrarse a soltar, de hablar a obedecer.

Venciendo el Miedo con Fe

Seamos honestos: los temores que nos frenan son reales, razonables y profundamente humanos. El miedo de no tener suficiente. El miedo de

equivocarnos. El miedo de que Dios no cumpla de la forma en que esperamos.

Estos temores muchas veces se disfrazan de sabiduría: “Estoy siendo responsable”, “Estoy siendo práctico”, “Solo estoy siendo realista”. Y en parte puede ser cierto. Pero, a veces, lo que llamamos “sabiduría” no es más que miedo disfrazado de prudencia.

El antídoto contra el miedo no es negarlo, sino dar pasos de fe a pesar de él. La fe no significa ausencia de miedo; significa avanzar confiando en Dios aunque el miedo esté presente.

Lo más importante es recordar que la invitación de Dios siempre viene acompañada de Su promesa. Él no te pide que camines hacia el vacío; te pide que des un paso hacia Su fidelidad. El mismo Dios que mantiene los planetas en órbita, que alimenta a las aves del cielo y cuenta los cabellos de tu cabeza, te promete cuidar de ti cuando confías en Él con tu diezmo.

Empezar Justo Donde Estás

Uno de los errores más comunes es pensar que necesitamos esperar “el momento perfecto” para empezar a diezmar. “Cuando reciba un

aumento...” “Cuando salga de deudas...” “Cuando tenga más margen...” La lista de excusas parece infinita y completamente razonable.

Pero el llamado de Dios no depende de nuestras circunstancias. Él no dice: “Vuélvete a mí cuando estés estable.” Solo dice: **“Vuélvete a mí.”** Aquí. Ahora. Tal como estás.

Y eso es una buena noticia: diezmar no se trata de tener suficiente, sino de confiar en Aquel que es suficiente.

La viuda que dio sus dos monedas no esperó a tener más. Dio lo que tenía, y Jesús la alabó por ello. Su ofrenda fue preciosa no por la cantidad, sino por el corazón con que la dio (**Lucas 21:1–4**).

La clave está en empezar. Dar ese primer paso: pasar de pensar en diezmar a realmente hacerlo. Porque hay una gran diferencia entre saber que Dios es fiel y experimentar Su fidelidad por medio de la obediencia.

El Poder de la Constancia

El dar esporádico produce frutos esporádicos; pero el dar constantemente produce bendiciones constantes. Pablo nos recuerda esto en **2 Corintios 9:6**.

La constancia transforma el diezmo de un acto ocasional en un ritmo de vida, en una práctica de confianza continua. Cuando el diezmo se vuelve parte de tu caminar, deja de ser algo que haces y se convierte en parte de quién eres: una persona que confía en Dios con todo.

Con el tiempo, esa constancia crea un historial de la fidelidad de Dios. Tal vez un solo mes no muestre mucho, pero año tras año de obediencia deja huellas visibles. Comienzas a ver cómo Él provee, cómo abre puertas, cómo Su tiempo es perfecto.

Habrás meses de abundancia y meses de prueba. Habrá momentos en que diezmar se sentirá fácil y otros en que requerirá sacrificio. Pero la constancia significa seguir dando en todas las estaciones, confiando en que la fidelidad de Dios no cambia con las circunstancias.

Cada vez que eliges diezmar cuando parece imposible, estás fortaleciendo tus músculos de fe. Cada vez que pones a Dios primero en tus recursos, estás declarando con tus hechos lo que crees sobre Su carácter y Sus promesas. Esa constancia es la que marca la diferencia entre dar y retener.

El Camino por Delante

Dar el primer paso hacia el diezmo es solo eso: un primer paso. El comienzo de una jornada de descubrimiento. Una caminata donde experimentarás la fidelidad de Dios, Su provisión, y aprenderás a confiarle cada área de tu vida.

No siempre será fácil. Habrá preguntas, habrá desafíos. Pero también habrá testimonios. Historias de provisión. Momentos de profunda gratitud.

Y, sobre todo, descubrirás que el Dios que te invitó a probarlo es completamente confiable. Él no está tratando de quitarte algo; está intentando darte algo mejor. No solo bendición material, aunque también puede venir, sino el gozo profundo de saber que tu vida está alineada con Su corazón y tus prioridades con Sus propósitos.

Así que da ese primer paso. No perfectamente, ni con todas las respuestas, sino con confianza sencilla en Aquel que prometió volverse a ti cuando tú te vuelvas a Él.

Su fidelidad nunca ha fallado a quien ha decidido confiar en ella.

EL RETORNO QUE NO TERMINA



Capítulo 12: El Retorno Que Nunca Termina

“Toda buena dádiva y toda perfecta bendición descienden de lo alto, donde está el Padre que creó las lumbreras celestes, y quien no cambia ni se mueve como las sombras.” Santiago 1:17.

En la economía de Dios no existen las fluctuaciones estacionales.

Wall Street puede subir y bajar, las tasas de interés pueden variar, los ciclos económicos pueden prosperar o colapsar, pero la fidelidad de Dios permanece constante. Su respuesta hacia los que se vuelven a Él no depende de las condiciones del mercado ni de las circunstancias del mundo. Está anclada en Su carácter inmutable y fluye de Sus recursos inagotables.

Esta constancia de la fidelidad divina se vuelve más evidente a medida que crecemos en nuestra confianza hacia Dios y aprendemos a manejar nuestros recursos bajo Su guía.

Fidelidad en Cada Estación

La provisión de Dios no siempre luce igual, pero nunca falla. A veces Su fidelidad se manifiesta en abundancia: un bono inesperado,

una cosecha exitosa, una inversión fructífera. Otras veces se manifiesta en suficiencia: las cuentas pagadas, las necesidades cubiertas, la provisión que llega justo a tiempo.

Algunas etapas traen desafíos financieros que ponen a prueba todo lo que creíamos saber sobre la provisión divina. Emergencias médicas, pérdidas de empleo, crisis familiares, recesiones... momentos así pueden sacudir nuestra confianza en la seguridad terrenal, pero a la vez profundizan nuestra fe en la fidelidad celestial.

Quienes aprenden a ver la mano de Dios en toda circunstancia suelen decir que esos tiempos difíciles se convirtieron en los más valiosos de su vida espiritual. Descubren recursos que no sabían que tenían, reciben ayuda de fuentes inesperadas y experimentan la presencia de Dios de maneras que la prosperidad jamás podría enseñarles.

De Dueños a Administradores

Quizás el cambio más profundo en la comprensión cristiana del dinero ocurre cuando dejamos de pensar como dueños y empezamos a pensar como administradores. Esa transición lo cambia todo.

Ser administradores transforma también cómo ahorramos e invertimos. Comprendemos que acumular recursos no se trata solo de buscar seguridad personal, sino de estar preparados para los propósitos de Dios. Construimos reservas no solo para nuestro futuro, sino para servir y bendecir cuando Dios abra oportunidades.

Este cambio de mentalidad no restringe, libera. Cuando entendemos que todo le pertenece a Dios, somos libres de la ansiedad de proteger lo que creemos nuestro. Podemos disfrutar lo que tenemos sin ser esclavos de ello, usar lo que necesitamos sin culpa y dar con alegría.

Colaboradores en la Obra Divina

Cuando apoyamos las misiones, nos convertimos en **colaboradores de Dios** en la expansión del evangelio. Nuestros recursos permiten que los misioneros viajen, los traductores trabajen, las iglesias se planten y los evangelistas compartan las buenas nuevas. Tal vez nunca pisemos esas tierras lejanas, pero nuestra generosidad lleva el mensaje de salvación hasta los confines del mundo.

Cuando apoyamos a nuestra iglesia local, participamos con Dios en edificar a Su pueblo y

servir a nuestra comunidad. Nuestros diezmos y ofrendas sostienen pastores, programas, instalaciones y ministerios. Cada vida tocada por la iglesia es, en parte, fruto de nuestra fidelidad.

Cuando ayudamos a los necesitados, participamos con Dios en demostrar Su amor de manera tangible. Nuestra generosidad no solo suple lo material; es **evidencia visible** de que Dios ve, cuida y se interesa por cada persona. Nos convertimos en las manos y los pies de Jesús en acción.

Esta perspectiva de colaboración transforma nuestra motivación para dar.

Ya no damos solo por obediencia o gratitud, sino por el gozo de participar en lo que Dios está haciendo en el mundo. Dar se convierte en expresión de nuestro deseo de ser parte de Sus propósitos.

Pablo lo explicó así: “El que siembra escasamente, escasamente cosechará; y el que siembra generosamente, generosamente cosechará” (2 Corintios 9:6). Cada paso de fe siembra un futuro de cosecha, y con cada cosecha nuestra alegría en dar se multiplica. Lo que sembramos, cosechamos.

Esta comprensión también nos ayuda a discernir dónde dar. Buscamos ministerios alineados con el corazón de Dios, examinamos su efectividad, oramos por dirección y pedimos sabiduría para invertir donde Él quiere usar nuestros recursos.

El Retorno Eterno

El retorno de Dios hacia los que se vuelven a Él va mucho más allá de esta vida: se extiende hasta la eternidad. La fidelidad que experimentamos aquí es solo una muestra de la fidelidad que disfrutaremos para siempre. Las bendiciones presentes son apenas un anticipo de lo que nos espera en el cielo.

Esta perspectiva eterna cambia cómo medimos el éxito de nuestra generosidad.

Ya no miramos solo los resultados inmediatos o los frutos visibles. Sabemos que gran parte del impacto de nuestras ofrendas no se revelará hasta ver la historia completa desde el cielo.

La persona que apoyó una traducción bíblica quizás no vea los resultados aquí, pero en la eternidad conocerá a creyentes que llegaron a la fe al leer la Palabra en su propio idioma. La familia que sostuvo misiones descubrirá iglesias nacidas,

líderes formados y vidas transformadas por su obediencia.

Incluso nuestras experiencias terrenales de la fidelidad de Dios nos preparan para una relación eterna con Él. Aprender a confiarle nuestro dinero nos enseña a confiarle nuestra vida. Experimentar Su provisión en lo material fortalece nuestra fe para los desafíos espirituales. Crecer en generosidad moldea corazones que reflejan Su carácter.

El retorno que nunca termina es, en última instancia, una relación. Una relación profunda, creciente y eterna entre Dios y Su pueblo. Nuestro dinero se convierte en una herramienta para construir esa relación, expresar esa confianza y participar en esa historia eterna.

Cuando entendemos el dar en estos términos, deja de ser una obligación y se convierte en un privilegio. Descubrimos que al aprender a confiarle nuestro tesoro, hemos aprendido a confiarle todo. Y en esa confianza hallamos un retorno que realmente nunca termina: el gozo de caminar con el Dios eterno que nos ama, nos provee y nos invita a compartir en Su obra hasta compartir en Su gloria.

Dejando un Legado de Fidelidad

El mayor retorno no es solo lo que recibimos, sino lo que dejamos. Nuestra obediencia hoy moldea la fe de mañana.

Los hijos que ven a sus padres diezmar aprenden a confiar en la fidelidad de Dios. Las iglesias arraigadas en la generosidad se convierten en testimonio vivo para sus comunidades.

Proverbios 13:22 dice: *“El hombre de bien deja herencia a los hijos de sus hijos.”* Esa herencia no es solo material, sino espiritual: una herencia de fe, confianza y obediencia.

Cuando nos volvemos a Dios con el corazón y los recursos, Él se vuelve a nosotros con bendiciones que trascienden nuestra vida. Nuestro legado se convierte en un eco de fe que sigue resonando mucho después de que hayamos partido.

SEXTA PARTE



MÁS ALLÁ DEL DIEZMO

Capítulo 13: Más Allá del Diezmo – Las Ofrendas

“Den y se les dará: se les echará en el regazo una medida llena, apretada, sacudida y desbordante. Porque con la medida con que midan a otros, se les medirá a ustedes” **Lucas 6:38.**

Llega un momento hermoso en la vida de todo dador fiel cuando el cálculo se detiene y comienza la celebración. Cuando lo que empezó como obediencia cuidadosa al mandamiento de diezmar se transforma en una exploración gozosa de una generosidad sin límites. Aquí es donde comienzan las ofrendas: no como obligación, sino como desbordamiento; no como deber, sino como deleite. Porque Dios ama al dador alegre (**2 Corintios 9:7**).

Cuando traemos una ofrenda a Dios, no solo estamos entregando dinero, estamos elevando nuestra gratitud a nuevas alturas de intimidad y confianza.

La Fundación Debe Venir Primero

Entender las ofrendas comienza por entender su relación con el diezmo. El diezmo es el fundamento: el reconocimiento de que todo

pertenece a Dios y la devolución de Su parte. Las ofrendas son lo que construimos sobre ese fundamento: expresiones de gratitud, amor y colaboración con Dios en Su obra.

Este orden importa más de lo que imaginamos. Cuando intentamos sustituir las ofrendas por el diezmo, tratamos de negociar con Dios, ofreciendo nuestra versión de generosidad en lugar de Su plan establecido. Pero cuando primero honramos a Dios con Su diezmo, abrimos las ventanas del cielo. Y una vez que esas ventanas están abiertas, nuestras ofrendas fluyen dentro de un ámbito de bendición y multiplicación divina.

Podemos pensarlo así: el diezmo reconoce la soberanía de Dios y abre el almacén del cielo. Las ofrendas son lo que llevamos a ese almacén abierto, donde Dios se deleita en multiplicar lo que ofrecemos con fe. Sin el fundamento del diezmo, las ofrendas carecen del marco espiritual que permite a Dios bendecirlas según Sus promesas.

La Ley de la Medida

Jesús enseñó un principio que rige toda la vida y se ve claramente en la generosidad: *“Pongan mucha atención —añadió—. Con la medida con que*

midan a otros, se les medirá a ustedes y aún más se les añadirá." (**Marcos 4:24**).

La medida que usamos al dar se convierte en la medida que Dios usa al bendecir. Si damos con una cuchara, Dios mide con una cuchara. Si damos con una pala, Él mide con una pala. Si damos con una carretilla, Él mide con una carretilla. El tamaño de nuestro recipiente al dar se convierte en el tamaño de nuestro recipiente al recibir.

Y lo más maravilloso es que Dios no solo iguala nuestra medida, sino que la mejora. Cuando damos una buena medida, Él la devuelve "apretada, remecida y rebosante". Toma nuestra medida y la llena más allá de su capacidad, comprimida y desbordante, de modo que recibimos mucho más de lo que entregamos.

Por eso Pablo pudo escribir con tanta seguridad: "El que siembra escasamente, escasamente cosechará; y el que siembra generosamente, generosamente cosechará" (**2 Corintios 9:6**). No se trata de manipulación ni de matemáticas espirituales, sino de la respuesta amorosa de un Dios que se deleita en bendecir a los corazones generosos, que responden a la necesidad de los ministerios o personas.

De lo Intelectual a lo Experiencial

Una de las mayores tragedias en la iglesia hoy es la cantidad de creyentes que poseen conocimiento intelectual sobre las promesas de Dios respecto a dar, pero carecen de experiencia real de Su fidelidad. Pueden citar los versículos, explicar los principios y enseñar las teorías, pero nunca han probado las promesas de Dios a través de una práctica constante y generosa.

Esta prosperidad intelectual sin experiencia real produce orgullo y estancamiento. Las personas llegan a creer que entienden todo sobre la provisión de Dios, sin haber vivido la abundancia que Jesús prometió. Conocen la teoría, pero se pierden la realidad.

Los versículos sobre el dar no funcionan solo porque los memorizamos o los confesamos. Funcionan cuando los practicamos. Se vuelven vivos y poderosos cuando actuamos en fe y descubrimos que Dios cumple lo que promete.

El conocimiento de las promesas de Dios debe llevarnos a la acción basada en esas promesas. De lo contrario, somos como los que leen sobre nadar pero nunca se meten al agua, o los que estudian

mapas pero nunca viajan, o los que memorizan recetas pero nunca cocinan ni prueban el plato.

La Libertad del Dar Voluntario

Una vez que el fundamento del diezmo está establecido, las ofrendas entran en el ámbito de la libertad más hermosa. A diferencia del diezmo, que le pertenece a Dios por derecho y, por tanto, es un mandato, las ofrendas son expresiones voluntarias del corazón.

Esta naturaleza voluntaria no las hace menos importantes, sino más personales. Lo que Dios desea en nuestras ofrendas no es cumplimiento forzado, sino gratitud genuina y gozo al dar.

Además, las ofrendas no tienen límite. Podemos ofrecer dinero, joyas, tiempo, habilidades, propiedades: cualquier cosa que tenga valor para nosotros puede convertirse en una ofrenda de adoración. *“Así mismo, todos los que se sintieron movidos a hacerlo, tanto hombres como mujeres, llevaron como ofrenda toda clase de joyas de oro: broches, pendientes, anillos y otros adornos de oro. Todos ellos presentaron su oro como ofrenda mecida al Señor,”* (Éxodo 35:22).

Dios no estableció límites porque no quiere excusas; quiere que encontremos maneras creativas de expresar nuestra gratitud y colaboración con Él.

El Peligro de los Votos o Promesas Financieras

Aunque las ofrendas fluyen de corazones libres, hay otra forma de dar que requiere discernimiento: los votos o promesas hechas a Dios. Son compromisos de dar cierta cantidad o posesión en el futuro, a menudo en momentos de emoción o desesperación.

La Escritura habla claramente sobre esto: *“Cuando hagas una promesa a Dios, no tardes en cumplirla, porque a Dios no le agradan los necios. Cumple tus promesas: Es mejor no hacer promesas que hacerlas y no cumplirlas.”* (**Eclesiastés 5:4–5; Deuteronomio 23:21–23**).

El mensaje es claro: Dios toma en serio nuestras promesas. Cuando prometemos algo a Dios, entramos en un pacto con Él respecto a ese compromiso. No cumplirlo no solo decepciona, puede obstaculizar la bendición en nuestras vidas. Esto no significa que nunca debemos hacer compromisos, pero sí que deben hacerse con

oración, reflexión y la firme intención de cumplirlos. Es mejor dar libremente sin prometer que prometer sin cumplir.

El Modelo de la Fidelidad de Dios

Lo que más nos anima a dar, ya sea diezmos, ofrendas o votos, es el carácter del Dios que los recibe. Dios nunca ha dejado de cumplir una promesa. Todo lo que ha dicho, lo ha hecho o está en proceso de hacerlo.

Prometió a Abraham un hijo cuando tenía cien años, y nació Isaac (**Génesis 21:5**). Prometió enviar un Salvador, y Jesús vino (**Hechos 13:23**). Prometió el Espíritu Santo, y el día de Pentecostés esa promesa se cumplió (**Lucas 24:49; Hechos 2:4**). Prometió vida eterna a todo aquel que cree, y esa promesa se cumple cada día en millones de vidas (**Juan 3:16**).

Cuando Dios dice “sí”, es un sí eterno. Sus promesas no cambian con las circunstancias ni con el tiempo. *“Todas las promesas de Dios son sí y amén en Cristo”* (**2 Corintios 1:20**).

Su fidelidad nos da confianza para confiarle nuestros recursos, sabiendo que quien recibe

nuestras ofrendas es completamente digno de confianza.

Viviendo en el Flujo de la Bendición

Cuando establecemos el fundamento del diezmo y edificamos sobre él con ofrendas generosas, nos posicionamos para vivir en el flujo continuo de la bendición de Dios. Dar y recibir se convierten en un hermoso ritmo de relación, no en una transacción puntual, sino en un movimiento constante de fe y fidelidad.

Ese flujo de bendición a menudo supera todo lo que imaginamos cuando comenzamos a confiar en Él. La “medida buena, apretada, remecida y rebosante” de la que habló Jesús se vuelve una realidad constante, no esporádica.

Pero quizás la mayor bendición es la relación creciente que la generosidad produce. A medida que confiamos a Dios mayores porciones de nuestro tesoro, descubrimos mayores dimensiones de Su fidelidad. A medida que participamos con Él en Su obra en la tierra, nos sentimos más cerca de Su corazón.

La invitación sigue vigente: “Den, y se les dará.” No como una fórmula para enriquecerse,

sino como un camino para experimentar el corazón generoso de Dios. No como manipulación de Su favor, sino como participación en Sus propósitos.

Cuando damos como Dios da, libre, generosa y alegremente, descubrimos que la vida más bendecida es, en verdad, la vida generosa.

LA VERDAD LOS



HARÁ LIBRES

Capítulo Extra: Liberándose de la Deuda

“Los ricos son los amos de los pobres; los deudores son esclavos de sus acreedores” **Proverbios 22:7.**

Hay una cruel ironía en nuestro mundo moderno: vivimos en la era más próspera de la historia, y aun así millones se sienten atrapados, ansiosos y esclavizados por sus finanzas. Las instituciones financieras ofrecen y prometen dar un crédito fácil y una gratificación instantánea que produce exactamente lo que la Escritura advirtió hace siglos: una generación que se ha convertido en esclava de sus prestamistas.

Este capítulo aborda uno de los obstáculos más conocidos para tener una vida generosa: la carga de la deuda que asfixia la paz, destruye relaciones e impide que el pueblo de Dios experimente la libertad que Él desea.

La realidad asfixiante de la deuda

La deuda no solo afecta cuentas bancarias; afecta almas. Roba el sueño, tensa los matrimonios y crea una corriente constante de ansiedad que le quita a la vida su gozo y su paz. Cuando debemos más de lo que podemos pagar con holgura, cada

decisión financiera deja de ser una oportunidad de mayordomía y se vuelve una fuente de estrés.

La descripción bíblica es dolorosamente precisa: la deuda vuelve al deudor esclavo del acreedor. Esa servidumbre va más allá de la obligación legal; crea una atadura emocional y psicológica que toca cada área de la vida. El deudor no decide libremente porque cada elección debe considerar primero la reclamación del acreedor.

Esta esclavitud es especialmente trágica cuando nos impide la alegría de dar con generosidad. ¿Cómo diezmar con gozo si no estamos seguros de cubrir la hipoteca? ¿Cómo ofrendar alegremente si los pagos mínimos de tarjetas consumen todo el margen? La misma herramienta que prometía libertad, el crédito fácil, se convierte en la cadena que ata.

El sistema de esclavitud moderno

El sistema financiero actual ha creado una esclavitud sin cadenas visibles, una servidumbre sostenida por deudas, no por la fuerza. La comparación no es exagerada; es bíblica. La Escritura describe la deuda como esclavitud, y los

principios no han cambiado aunque los métodos sean más sofisticados.

Las instituciones financieras invierten miles de millones para hacer el endeudamiento atractivo y accesible. Llegan tarjetas de crédito no solicitadas. “Compre ahora, pague después” se convierte en norma para casi todo. La cultura promueve un estilo de vida que requiere deuda para mantenerse, y luego lucra con los intereses. Miqueas lo dijo con claridad: *“¡Ay de los que piensan en el mal y aun en sus camas traman planes malvados! En cuanto amanece, los llevan a cabo porque tienen el poder en sus manos. Codician campos y se apropian de ellos; codician casas y de ellas se adueñan. Oprimen al dueño y a su familia, al hombre y a su propiedad.”* **Miqueas 2:1-2.**

Las instituciones financieras tienen un poder enorme en sus manos. Pueden quitarnos todo lo que compramos a crédito si no cumplimos con los pagos. La Biblia describe con claridad esta naturaleza opresiva: *“Los malvados no duermen si no hacen lo malo; pierden el sueño si no hacen que alguien tropiece.”* **Proverbios 4:16.**

Estas organizaciones pasan sus días planeando cómo incrementar sus ganancias, y muchas veces

lo hacen oprimiendo al hombre común. Preparan contratos llenos de condiciones ocultas, diseñados para confundir y atrapar a quienes no leen cuidadosamente la letra pequeña.

Por eso, tenga cuidado al firmar un documento. Lea cada cláusula. No firme por emoción ni por prisa. Lo que parece una oportunidad puede convertirse en una cadena. No pretenda prosperar usando tarjetas de crédito. La prosperidad de Dios no se puede imitar ni fingir. Se tiene o no se tiene. La verdadera prosperidad nace de la obediencia, no del crédito; de la bendición, no del endeudamiento.

El pueblo de Dios, los israelitas, vivieron algo similar. Después de una temporada de abundancia y favor, se convirtieron en un pueblo esclavo por su desobediencia. Fueron llevados cautivos a Egipto y oprimidos durante cuatrocientos treinta años. Nada de lo que poseían les pertenecía; todo era del faraón.

La trampa es sutil y poderosa. Uno se “siente” próspero porque puede adquirir de inmediato, sin notar que en realidad se empobrece con cada compra a crédito. Se exhibe la tarjeta con cierto orgullo, sin entender que cada vez que se usa se

profundiza la atadura al sistema financiero. El impacto psicológico agrava la carga financiera. La deuda produce vergüenza que impide pedir ayuda, aislamiento que tensa relaciones y desesperanza que conduce a decisiones dañinas. El deudor se vuelve un esclavo no solo en lo financiero, también en lo emocional y espiritual.

La visión bíblica de libertad

La visión de Dios contrasta con la esclavitud financiera. Una y otra vez llama a Su pueblo a ser prestamista y no prestatario, dador y no receptor, libre y no esclavo. “ *El Señor abrirá los cielos, su generoso tesoro, para derramar a su debido tiempo la lluvia sobre la tierra y para bendecir todo el trabajo de tus manos. Tú prestarás a muchas naciones, pero no tomarás prestado de nadie.*” **Deuteronomio 28:12.**

No es solo metáfora espiritual; es realidad práctica. Al seguir los principios de Dios, Su pueblo se posiciona para ser fuente de bendición y no carga para otros.

Esta libertad no significa simplemente “tener dinero”, sino tener opciones. Quien no debe, goza de libertad para dar cuando hay necesidad, decide según la guía de Dios y no la exigencia del acreedor, duerme en paz sin angustia por los

pagos de mañana. *“Paguen a cada uno lo que corresponda: si deben impuestos, paguen los impuestos; si deben contribuciones, paguen las contribuciones; al que deban respeto, muéstrenle respeto; al que deban honor, ríndanle honor.” Romanos 13:7-8.*

Jesús habló con franqueza sobre saldar deudas en **Lucas 12:58-59** *“Si tienes que ir con un adversario al magistrado, procura reconciliarte con él en el camino, no sea que te lleve por la fuerza ante el juez, el juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último centavo.”* Aunque la enseñanza apunta a temas mayores de reconciliación y juicio, también refleja una verdad práctica: las deudas deben pagarse, y postergarlo las empeora. Es mejor hacer ahora el sacrificio necesario para cumplir, que esperar a perder la libertad de decidir cómo y cuándo.

El camino hacia la libertad financiera

Romper con la deuda requiere más que pagar saldos: exige un cambio profundo en cómo pensamos del dinero, los bienes y la seguridad. Esta transformación empieza volviendo a los principios de Dios.

El primer paso es reconocer que la deuda no es “normal” ni el plan de Dios. La cultura la ha

normalizado tanto que muchos creyentes la asumen como inevitable. Pero la Escritura presenta otra realidad, donde el pueblo de Dios vive bendecido hasta convertirse en prestamista, no prestatario. La esclavitud desanima y oprime a tal punto que muchos ni creen que Dios pueda ayudarlos: *“Moisés dio a conocer esto a los israelitas, pero por su desánimo y las penurias de su esclavitud ellos no hicieron caso”* **Éxodo 6:9.**

La libertad práctica comienza con un presupuesto que pone a Dios primero por medio del diezmo y distribuye el resto según el ingreso real, no el crédito disponible. Puede implicar una temporada de sacrificio: vender bienes, bajar el nivel de vida, tomar trabajo extra. Pero esa senda conduce a la paz profunda que acompaña a la libertad.

El proceso demanda paciencia y perseverancia. Deudas de años no desaparecen en días. Sin embargo, cada pago, cada tarjeta cancelada, cada mes vivido dentro del ingreso nos acerca a la libertad que Dios quiere.

El peligro de avalar deudas (ser fiador)

“Hijo mío, si has salido fiador de tu vecino, si has hecho tratos para responder por un extraño, si te has comprometido

verbalmente, enredándote con tus propias palabras, entonces has caído en manos de tu prójimo. Si quieres librarte, hijo mío, este es el camino: Ve corriendo y humíllate ante él; procura deshacer tu compromiso.” **Proverbios 6:1-3.**

Muy cercano al endeudamiento personal está el aval: comprometerse a pagar la deuda de otro si este no cumple. La Biblia lo advierte con fuerza, y la experiencia lo confirma.

Judá, al salir fiador por Benjamín, vivió la tortura emocional de responder por decisiones ajenas (**Génesis 43–44**). Hoy ocurre igual: padres avalan a hijos y terminan pagando; amigos avalan a amigos y pierden dinero y amistad. Parece gesto generoso, pero suele crear resentimiento y daño financiero.

El principio bíblico es claro: *“El fiador de un extraño saldrá perjudicado; negarse a dar fianza es vivir seguro”* **Proverbios 11:15**. Cada cual debe responder por sus obligaciones. Si alguien no califica para crédito, suele haber razones: ingreso insuficiente o mal historial. El aval no soluciona el problema; traslada el riesgo.

La advertencia es sobria: *“No te comprometas por otros ni salgas fiador de deudas ajenas; porque, si no tienes con qué pagar, te quitarán hasta la cama en que*

duermes” **Proverbios 22:26-27**. Te quitarán hasta la cama en que duermes. Avalar expone la seguridad de tu familia por decisiones ajenas.

El sistema alternativo de Dios

Mientras el mundo motiva deuda, consumo y ego, Dios ofrece otro camino: comenzar dando, no tomando; compartiendo, no acaparando; confiando en Él, no en el crédito.

Cuando ponemos a Dios primero con diezmos y generosidad, nos posicionamos para experimentar Su provisión de maneras que reducen y, con el tiempo, eliminan la necesidad de endeudarse. No es automático ni instantáneo, pero crea una base de estabilidad que el crédito jamás provee.

El sistema de Dios también enfatiza el contentamiento. Aprender a distinguir entre necesidades y deseos, hallar satisfacción en la provisión de Dios y no en las expectativas sociales, nos libera de la mentalidad consumista que motiva a la deuda.

El enfoque bíblico construye riqueza de forma lenta y sostenible: trabajo diligente, gasto sabio y

dar generoso. Produce margen en la vida, no estrés; paz, no ansiedad; libertad, no esclavitud.

La decisión definitiva

La parábola de las ovejas y las cabras (**Mateo 25:31-46**) muestra que nuestras decisiones financieras tienen implicaciones eternas. Jesús separa a las naciones no por teología o asistencia, sino por cómo respondieron a las necesidades reales: hambre, sed, desnudez, enfermedad, prisión. Jesús dijo *“En verdad les digo que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí.”*

Quien está atrapado en deudas casi no puede responder con generosidad porque sus recursos ya están comprometidos con acreedores. Pero quien vive libre de deudas, honra a Dios con los diezmos y ofrendas y sigue la mayordomía bíblica.

La promesa de liberación

Así como Dios liberó a Israel de Egipto, *“Acuérdense de este día en que salieron de Egipto, de la casa de esclavitud, pues el Señor los sacó de allí con mano poderosa”* **Éxodo 13:3**, también en estos tiempos Dios está liberando a Su pueblo de la esclavitud financiera. Pero esta liberación requiere

lo mismo que entonces: reconocer la condición de esclavitud, estar dispuestos a abandonar el sistema conocido y confiar en la provisión de Dios en el “desierto” entre la esclavitud y la bendición.

El viaje de la deuda a la libertad no es fácil, pero es posible. Miles de creyentes lo han recorrido aplicando principios bíblicos, haciendo sacrificios difíciles y confiando en que Dios honra la obediencia. Descubrieron que la incomodidad temporal de vivir por debajo de sus posibilidades produce el gozo duradero de vivir dentro de la provisión de Dios.

La opción está delante de cada creyente: seguir esclavo del sistema financiero del mundo o abrazar la libertad que viene de los principios de Dios. El camino es claro, las promesas seguras y el Dios que nos llama a la libertad es fiel para proveer todo lo necesario.

Al final, la libertad financiera no se trata solo de dinero, sino de la paz, el gozo y la generosidad que florecen cuando ya no somos esclavos de nadie, sino únicamente de Jesús, que nos ama perfectamente y nos provee abundantemente.

VUELVE A CASA



CONCLUSIÓN: Vuelve a Casa

“Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes, dice el Señor de los Ejércitos” Malaquías 3:7.

La invitación sigue en pie. Después de todas estas páginas, de tantas palabras y reflexiones sobre lo que significa confiar en Dios con nuestro tesoro, regresamos al punto de partida: una invitación sencilla pero profunda que brota del corazón de Dios: “Vuelve a casa.”

La invitación que nunca caduca

El llamado de Dios a volver a Él no tiene fecha de vencimiento. No se invalida si hemos esperado demasiado, fallado con frecuencia o nos hemos alejado demasiado. La misma voz que habló al Israel descarriado a través de la profecía de Malaquías nos llama hoy con la misma paciencia, el mismo amor y la misma esperanza.

Tal vez al leer estos capítulos te hayas sentido confrontado por tu relación con el dinero y la generosidad. Quizá te reconozcas en el pueblo de Dios que se había alejado de Él, que comenzó a dudar de Su amor, que se sintió cómodo reteniendo lo que en realidad le pertenecía al Señor. Si es así, esta invitación es para ti.

O tal vez has caminado fielmente con Dios en tus finanzas por años, diezmando con constancia, dando con generosidad y confiando en Él en cada temporada. Aun así, esta invitación también es para ti. Siempre hay niveles más profundos de confianza que descubrir, nuevas formas en que Dios quiere mostrar Su fidelidad, y nuevas oportunidades de asociarte con Él en Su obra.

La hermosa verdad de esta invitación es que no es solo para quienes nunca han confiado en Dios, sino para todos nosotros, sin importar dónde estemos en nuestro camino. Vuélvete a mí. Vuelve a casa. Acércate más. Confía más. Da con libertad. Experimenta plenamente lo que significa vivir en pacto con el Dios que nos ama sin medida.

Amor que nunca se rinde

Lo más conmovedor del mensaje de Malaquías no es la reprensión por la infidelidad, sino la revelación del corazón de un Dios que no se rinde con Su pueblo. A pesar de su infidelidad, de sus quejas, de haber robado Su casa, Dios sigue llamándolos a regresar. Su amor es más persistente que nuestra desobediencia.

Este es el mismo Dios que espera al hijo pródigo, que corre a su encuentro cuando aún está

lejos, que celebra su regreso con una fiesta. El mismo Dios que busca la oveja perdida, que barre la casa hasta hallar la moneda, que sigue tocando aunque finjamos no escuchar.

Su paciencia con nuestras luchas financieras revela algo profundo sobre Su carácter. Él comprende lo difícil que nos resulta confiarle nuestro tesoro. Conoce nuestros temores sobre el futuro, nuestras ansiedades por la provisión y nuestra tendencia a aferrarnos a lo que creemos que nos da seguridad. Aun así, continúa invitándonos a experimentar la libertad que solo llega cuando confiamos plenamente en Él.

Aun cuando fallamos, cuando dejamos de diezmar por un tiempo, cuando tomamos decisiones movidas por el miedo más que por la fe, cuando olvidamos Su fidelidad y volvemos a retener, Su invitación permanece: “Vuélvete a mí.” No dice “esfuérzate más” o “demuestra que eres digno”, sino simplemente: “Vuelve a casa.”

El gozo de volver a casa

Quienes aceptan la invitación de Dios y aprenden a confiar en Él con su tesoro descubren algo maravilloso: el gozo de vivir en una relación de pacto con el Dios del universo.

Ese gozo no depende principalmente de las bendiciones materiales, aunque Dios se complace en bendecir a Sus hijos. Es un gozo más profundo: el de saber que tu corazón está alineado con el de Dios, que caminas en Sus propósitos y participas en Su obra.

Hay gozo en la libertad de no tener que ser tu propio proveedor o protector. Hay gozo en descubrir que el Dios que prometió volverse a ti es fiel a Su palabra. Hay gozo en ver cómo tu obediencia abre puertas para que Su bendición alcance a otros mucho más allá de lo que podrías lograr solo.

Hay gozo en ver a Dios abrir las ventanas del cielo y derramar bendiciones de formas que nunca esperabas. A veces son financieras, a veces relacionales, a veces espirituales, pero siempre perfectamente diseñadas para tus necesidades y Sus propósitos. Sobre todo, está el gozo de la comunión con Jesús, que te ama más que nadie. Ese es el gozo que espera a todos los que aceptan la invitación de Dios a regresar. Es el gozo de volver al corazón del Padre, de descubrir que Él realmente es tan bueno como dice, y de aprender

que confiar en Él es la manera más segura y satisfactoria de vivir.

Nuestra herencia son las promesas de Dios, y Sus promesas son nuestra provisión. La invitación siempre estará abierta: **“Vuélvanse a mí, y yo me volveré a ustedes, dice el Señor Todopoderoso.”**

CONOCE AL AUTOR



Acerca del Autor

Oscar Nuncio es misionero, autor y líder ministerial cuya pasión es ver vidas transformadas por la Palabra de Dios. Como Coordinador de Eventos en *Harvest Preparation International Ministries* (HPIM), ha ayudado a establecer escuelas bíblicas y a capacitar a miles de líderes de iglesias alrededor del mundo.

El llamado de Oscar se distingue por su profundidad y su alegría. Ya sea enseñando en una conferencia, dirigiendo un seminario de liderazgo o escribiendo un libro, entrelaza la verdad bíblica con sabiduría práctica y un toque de humor. En su libro anterior, *Tiempos Peligrosos, Hombres Peligrosos* nos comparte un llamado al discernimiento de los últimos tiempos.

En *Vuélvanse A Mí Y Yo Me Volveré a Ustedes*, Oscar comparte su corazón y su propio testimonio de la provisión de Dios, ofreciendo al lector un desafío y un aliento. Su mensaje es sencillo pero poderoso: cuando nos volvemos a Dios, Él siempre se vuelve a nosotros con bendición.

CONTACT: **Email:** onuncio@yahoo.com

